This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 367.1.29

HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION

BOUGHT FROM THE FUND
FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF

JOSÉ AUGUSTO ESCOTO
OF MATANZAS, CUBA

SAL
SAL 36

TRISTES Y ALEGRES CRONICAS DE PARIS ◆ INSTANTANEAS DE LA CONVENCION ◆ POR MANUEL MARQUEZ STERLING CON PROLOGO DEL CONDE KOSTIA. ◆ ◆ ◆

1901
BIBLIOTECA FIGARO
OBISPO 62
HABANA.

BIBLIOTECA FÍGARO

M. Márquez Sterling

TRISTES Y ALEGRES

CON UN PROLOGO

DE

ANICETO VALDIVIA

(Conde Kostia)

HABANA
IMP. EL FÍGARO, OBISPO 62
1901

67.1 29
1917
AMERICAN
SCHOLARSHIP FUND
Escoto Collection

DEDICATORIA

PROLOGO

dora popularidad ha escojido el editor el de nuestro compañero en la prensa y amigo en la vida señor Manuel Márquez Sterling ya ventajosamente conocido en las letras y las artes cubanas.

La elección no ha podido ser más acertada, atendido el objeto que "El Fígaro" se propone: acrecentar con firmas de primer órden el esfuerzo emprendido.

Y la firma del joven autor de *Tristes y alegres* es de las que han llegado á ser dignas de que la atención culta se fije y se retarde en ellas. Victoria ganada lentamente, día tras día, año tras año, sin desfallecimientos ni concesiones en una vida consagrada persistentemente á tres ideales que

son como las normas elocuentes de su ser; el arte, la patria y la verdad,—diosas de resplandores propios á iluminar una existencia.

Preparó el Sr. Sterling la cultura gallarda que hoy posee, en Europa, lejos de las preocupaciones mezquinas que en nuestra desgraciada patria cortan todo vuelo al genio y ahogan todo intento de altura. Madrid primero, París luego, añadieron un horizonte cosmopolita á un horizonte cubano. El instinto de arte se hizo conciencia; en el fuego de la controversia y el choque de las opiniones se templó su gusto—y el escritor "fué." Un escritor moderno, saturado de antiguo, con el gusto por guía y el estilo por viático de jornada. Ma-

pléndida si en las demás producciones que da al público halla escritores análogos en talento, cultura y aticismo al Sr. Márquez Sterling.

Yo lo dudo, porque desgraciadamente en el ejército de las letras cubanas casi todos llevan pendiente al cinto un sable de esclavo, en vez de una espada de caballero.

Saludemos respetuosos y afectuosos la aparición de *Tristes y alegres*, un "bijou" de estilo é invención en el *écrin* delicadamente brillante de la Biblioteca "Fígaro."

CONDE KOSTIA.

LOS BOXERS

(Desde París)

LOS BOXERS

En este gran París la política es una broma de mal género. En broma fueron los franceses á Sedan y en broma se quedaron sin la Alsacia y la Lorena. Para los extrangeros, París tiene los encantos del arte diabólico, así como Italia tiene los encantos del arte sensato y natural. Los extrangeros vienen á París, por eso, en busca de la Misa Negra, y van á Italia á contemplar

el genio. Pero París *político*, París luchador en el campo del derecho, es una irrisión y una farsa, digno contraste de aquel 93 turbulento y sincero. En este sentido, le quedan los templos, los demagogos, y una escuela terrible de delatores que dirigen Edouard Drumont y Henry Rochefort. A eso ha venido á parar esta gran ciudad de Napoleón I y León Gambetta! Le quedan los templos, sólo los templos. Donde esconde la tierra los restos de María Antonieta, vemos estas palabras que sintetizan un siglo de progreso: *Libertad, Igualdad, Fraternidad.* Mas allá, *Los Inválidos*, obra de la humanidad, edificada con escombros de honor sobre cimientos de miles de cra-

neos, con paredes de sangre coagulada..... Hermoso y terrible. Vamos allí, con el culto de la gloria en el cerebro, y asomados á la gran tumba del *cabito*, sentimos ganas de rezar.....

Los franceses nos miran y se rien. En cambio, tenemos que aprontar la propina á los porteros que guardan, por fuerza, los sombreros. La propina es el único medio de ser dignos de andar por la gran capital.

Es tan variada en sus espectáculos la ciudad, que podemos vivir sin las conmociones que sufre el Estado con detrimento del pueblo. Andamos ciegos y sabemos las cosas por la prensa. De ahí que con frecuencia las gentes se asus-

pia sus cañones y prepara sus fusiles en Tien-Tsin.

El Hijo del Cielo no lo puede evitar! Tien-Tsin le traiciona, agrupando los barcos extrangeros y en China es eso lo que no se quiere. Sin extrangeros, la paz reinaría con toda su disciplina. Aquello es otro mundo, otra civilización, otra sangre, otro color. El voto del pueblo asciende á millones; el nacionalismo se estremece ante los ferrocarriles que plantan mercaderes europeos; y en aquella vasta tierra asiática, exótica para nosotros, se odia el exotismo nuestro, recriminación altiva á los hijos de América que dejamos nuestras flechas para usar el Mauser.

Los *boxers* se lanzan al campo

y los proteje la Emperatríz, el príncipe Kangyi y el no menos príncipe Ching-Tuan. Es cosa entonces del gobierno. Los *boxers* representan la estupidez y la terquedad de los chinos. Atacan el tren de Laptifen, asesinan á los viajeros y continúan su obra destructora.

—¡Abajo los de *extrangis*! ¡La China para los chinos!

Y hasta cierto punto, señores, yo tengo grandes simpatías por los chinos. Confusio les dicta su deber. como Monroe impuso á los yankis la defensa de América para los americanos. Y yo estoy cierto señores (¡y vá de discurso!) que Confusio valió más que Monroe.

¡En el Boulevard des Capucines se eleva un *De profundis* por el alma de los *boxers*, por el *nacionalismo* del Celeste Imperio, por muchos miles de ilusiones que mueren, para que nazcan la ambición y el crímen!.....

Budha en conferencia con Cristo!

***

El *nacionalismo* es algo así como el último suspiro de ese gran cadáver que se llama Imperio Celeste. Nacionalistas triunfan solo en países de gran empuje—que á la sazón son pocos. Los chinos sin embargo, precipitan la muerte de su *nacionalismo* con el misterio característico de todos sus actos, acaparando para sí el desarrollo

de sus ideas, su civilización, su arte. Y la humanidad que tanto les debe, hoy por hoy nada tiene que agradecer al gran Imperio.

La vieja Emperatríz, que derramó la sangre de los suyos, que tuvo un día siniestro por arma el veneno para derrocar obstáculos y vencer de una vez y subir al trono, hunde hoy el puñal á su Imperio, protegiendo el nacionalismo de los *boxers* que viene á ser el odio al extranjero, la consolidación terrible del misterio que cubre la corona china.

No; los chinos tienen su mundo, su vida, sus costumbres y jamás consentirán en que los europeos impúdicos violen la virginidad de su Arte simbólico y eterno.

Un francés quiso mirar al Hijo del Cielo y se le condenó á muerte. El Hijo del Cielo es algo sagrado, que para los chinos lo expresa todo. Ellos no viven bajo el Estado, sino en el culto de su espiritual Emperador. Y el Hijo del Cielo, para mí, es un grandísimo bribón que compromete la Patria—patria *china*, pero patria al fin—por conservar una soberanía olímpica que funda en estúpido fanatismo. Todo el Imperio puede creerle de charla con Budha ..pero él ..él no puede participar del fanatismo de sus súbditos porque no ha visto á Budha ni en las noches de orgía sufriendo espasmos de china olorosa á opio.

***

El primero de Junio de cada año se celebra entre los chinos la fiesta "Del Dragón." El soberano del Celeste Imperio se echa al arroyo por la primera y última vez del año. Recorre las calles con absurdo y pomposo boato, y no es lícito á los súbditos del Hijo del Cielo verle allá, muy adentro, en un rincón del *palanquín*. Si alguien le mira—¡horrendo crimen! —rompe con el sagrado misterio que cuesta aparecer colgadito en una de las puertas de la ciudad.

Una hora antes de salir la comitiva celeste, las calles se registran para librarlas de curiosos, se cierran puertas y ventanas y se cubren, las paredes, por si acaso, con lienzos de colorines

El palanquín es de oro y su comitiva fantástica. El emperador lleva un enorme quitasol y le rodean guardias con caras muy serias, que no miran al soberano, armados de lanzas afiladas. Los guardias usan trencita como *Su Magestad.*

Y ese símbolo del fanatismo, quiere vivir sano á través del mundo que adelanta hacia la anarquía. En China no hay socialistas. Los boxers que son unos cinco millones de revolucionarios *nada más*, defienden con su pipa y su fusil, esa antigua *muestra*, esa relíquia digna de respeto. Hay en el ideal de los *boxers*, por lo mismo que se funda en la Historia, algo de grandeza humana que exige á los es-

pectadores muchísima cortesía ... cortesía europea.

***

Un orador de Clichy, un bohemio de esos que conocen Gómez Carrillo y Miguelito Pardo, pronosticaba estas fatales dificultades ayer, al apagarse el sol:

—Intervienen las naciones y se quedan con la tierra. Eso es derecho de gentes en uso. Pero luego vamos á andar á la greña por cuarta más ó ménos de tierra asiática. Y entonces la guerra Universal.... Los planetas que se rompen entre sí la crisma... Rusia y Japón no tardarán en irse á las manos y *nuestra* Francia omnipotente. . .

No hablemos de Francia, si es preciso considerarla omnipotente. Aquí no hay más que *juerga*. Nadie llora la caída de los *boers* en Pretoria, ni la iniquidad internacional de la China....

--Aquí—decía alguien—no se quiere estar triste....

Y mientras Budha celebra sus tratos con Cristo, los hombres se santifican á tiro limpio. . . .

Pero el día tiene horas sinceras, en que, al pensar en el *nacionalismo* de Africa y Asia que sucumbe, se siente una gran tristeza, y se piensa en un porvenir monótono y cruel que tiene colores difusos de agonía.....

¡La tarde! Y que hermosa es la tarde en París!

Inclinada sobre la noche, ostenta brillos misteriosos, murmura cánticos ignorados: suspira, á veces llora. Va creciendo el tragín de las gentes, y el tráfico de coches desespera. ¡Oh, la tarde! Tal parece que la vida se detiene un instante, como asustada y recelosa: medita, avanza. Es la hora sin orgía, hora de virginidad en que es santa la *cocotte*..... Muere el sol y sus funerales se respetan en París... Hora en que descansarán también los pobres *boxers*, que luchan para consuelo del Transvaal heróico.....

(Junio 15, 1900.)

EL PROBLEMA NACIONAL

Ningún libro moderno ha producido los efectos que la novela última de Emilio Zola. Se vé en los centros principales de la sociedad parisiense, en el espíritu de la prensa, en el semblante de los transeuntes. Nada produce tanta emoción en el Boulevard como la presencia de una dama en estado interesante: se la mira con respeto,

se le abre paso con exquisita cortesía, se le observan los modales, las facciones y muchos—patriotas de cuerpo entero—la bendicen con toda el alma.

De ahí que la mayor de las elegancias femeninas consiste en ir á la Exposición con tamaño vientre rodeada de seis ó siete chiquillos; virtud que, desde luego, se anticipa á la obra magistral del novelista. Hay mujeres que abullan su cuerpo amarrándose una almohada á la cintura, y no salen á la calle sin llevarse los chicos del vecindario.

Esta tendencia moralizadora se acentúa más cada día, y trae consigo no pocos abusos que bueno es anotar. Los caballeros se dedi-

can en pleno arroyo á besar á las que pasan.

—¡Atrevido!

—Calle usted *Mademoisselle*, calle usted. ¡Lo hago por patriotismo!

Y el patriotismo permite á las señoritas atarse con *cuerdos de coquetería*, como las mujeres consagradas á Venus.

Ceñidos los cuerpos, húmedos los ojos, ligeramente plegados los labios, miles de *Mademoisselles* resuelven el *problema nacional* sentadas en los grandes cafés, y quemando perfumes ofrodisiacos.....

¡La patria se salva!

No hay cedros ni lentiscos, que cubran el misterio con la sombra de sus hojas, pero hay casas dia-

bólicas y escondrijos que habrán de producir la propagación de la especie. El *problema nacional* sonriendo en el palmito alegre de las *cocottes*, planteado en la obscuridad que acentúa la cortina roja de la alcoba *ad hoc*.....¡de cuerpo presente, en los vientres que lucen muchas *Madames* que pasean el rebaño por la *rue de París!* .....

***

Un periodista famoso, reunió hace pocas semanas á un grupo de amigos con objeto de leerles un proyecto de ley que pensaba publicar. Los amigos del periodista oyeron con paciencia estas frases dignas de mejor suerte:

—Amados compañeros: los chinos, en estado *tártaro* aún, se revuelven contra la Europa: la vieja civilización de la Edad Absurda, se revuelve contra la época de la Ciencia y el Cristianismo. Funda su derecho en el número, y es su Código la Naturaleza..... Ahí tenéis pues, amados compañeros, cuatrocientos millones de almas, capaces de poblar otro planeta, fortalecidas por la *fecundidad*, en el mantenimiento de sus brutales costumbres, sellando con el amor sano la tradición abrumadora.

Francia se aniquila, y perece, como un pueblo inferior al Celeste. Lo habéis leido todos en la última novela de Zola; lo habéis advertido todos en la estadística elo-

cuente de nacimientos.... Yo creo por eso, amados compañeros, que es preciso buscar remedio á nuestra consunción, remedio á la escasez de franceses del porvenir..... A ese efecto, os consulto el siguiente

PROYECTO DE LEY PARA LA REPRODUCCION DE LA ESPECIE

I.—Todo francés tiene el deber de casarse antes de cumplir los 25 años.

II.—Todo matrimonio francés que á los ocho años de celebrada la boda no tenga cinco hijos, será condenado á otros tantos años de prisión.

III.—Las solteronas serán condenadas á cadena perpétua y los solterones á muerte.

IV.—Para evitar abusos, y que los padres no sean engañados, la policía tiene el derecho de registrar y detener á las mujeres que lleven polizón por delante.

***

Pero no, el autor del *Proyecto* era un respetable bruto que, desde luego, tuvo la desaprobación de sus amigos. En cambio, un Senador ha propuesto que se le dé una condecoración de honor á los padres de seis hijos, y la condonación para aquellos de algunos impuestos.

El asunto, sin embargo, tomará mayores proporciones. Los franceses no pueden hacer ahora nada

sin su correspondiente *Congresito* y ya verán ustedes como en el que este asunto merece hemos de presenciar cosas extraordinarias.

Requiere estas medidas el patriotismo y la consolidación del progreso humano. Este pueblo que se halla en plena decadencia, necesita algo que le avive y la reponga. El estudio, la meditación, el trabajo, le cansa. Vive de las agitaciones nerviosas y padece las enfermedades que le envían Ibsen y Tolstoi en sus obras extravagantes. No se conforma á salir de sus pantomimas, porque le fastidia todo lo verdaderamente sério. Ríe siniestramente en el *Chatelet* viendo la *Poudre de Perlinpinpin*, exhibición simbólica de porcelanas,

obra neurótica que manifiesta el agitado sueño de una raza loca... Y los patriotas, al resolver el problema imponiendo la *fecundidad* como deber constitucional, calmarán los nervios que desequilibra el *fraude*, y lograrán que los franceses lleguen á ser tantos como los chinos.....

(Junio 30)

RESPLANDORES

RESPLANDORES

Frecuentemente me veo asaltado por la siguiente pregunta:

—¿Es usted periodista?

Vacilo. Pero un poco de amor propio y otro poco de decoro me impiden negarlo como fuera mi deseo.

No hay periodista malo por esos mundos de Sur América que no venga á la Exposición á suscri-

bir artículos multicolores. París les resulta una cascada de pedantería en donde recojen grandes cántaros de *líquido*. Y el pudor se vá al Diablo, que en América no hay título más fácil de conquistar que el de periodista cuando se ha visitado París.

Hay quien llega, y del tren se vá á la torre Eiffel á tomar café con tostadas y á escribir al pueblo en una tarjeta postal con la torre pintadita á capricho:

"Cachita mía: ya ves, entro en Paris por la torre Eiffel. Aún no me he apeado. A estas alturas me acuerdo de tí. Esto tiene mucho mérito y te probará mi amor."

Apeado *el héroe* resulta que la

Exposición no le gusta. "Mire usted, yo creí que esto era otra cosa." Y en el acto al cable:

"Director *El Avejorro.*—Guatepeor.—Exposición un fracaso."

La imbecilidad de alguno ha llegado á más aún. Cierto negro que vive por Montmartre, y á quien nadie hace maldito caso, ha hecho más que eso, ha pedido un incendio en las barracas..... Acaso sería el único medio de que su pluma diera algo no vulgar. ¡Un incendio en las barracas!

Este negro es amigo de Cuba y uno de los que escriben desde París á *El Fígaro* de la Habana. Su nombre ya lo saben mis lectores. Usa lentes. Alguien dice

que de niño le tiraron de un balcón, quedándole la boca y la naríz en tal estado que semejan un mapa de la patria—Guatemala—un mapa de bulto que piensan adoptar allá *en el Instituto de sordo mudos!*

De sujeto así, sólo se comprende que diera tan erradas noticias á *El Fígaro*, de la Exposición—que no conoce.—Bueno es tener en cuenta, que muchos cronistas de oficio asisten al Certamen á través de los espejuelos de un tomo de Hachette & Cie.

La razón es clara. En París no puede moverse nadie sin la bolsa llena de franquitos. Tenga usted francos y verá con qué *franqueza* se le trata. El negro guatemalte-

co lo ha experimentado así con grande indignación; y no sabría jota de lo que pasa más allá de la *Puerta Monumental* si los que representamos aquí á Cuba no lo hubiéramos *obsequiado* con una carta de libre tránsito.

El negro ahora no sale de la Exposición. Por donde quiera que usted vá se lo tropieza. Ayer, sin ir más lejos, lo ví en el Campo de Marte. Una andaluza que pasaba con su esposo, en aquel momento, le miró con sorpresa. El negro se creyó que se trataba de una conquista.

—¡Vámonos, hijo!—exclamó la andaluza.— Te has *equivocao.* Esto es el *Jardín de Aclimatación.*

Pero en donde el sujeto se lle-

vó el gran susto fué en el *Palais de l' Optique*. No le querían dejar pasar. Aquél día carecía aún de su carta de libre tránsito.

—Pero ¿ni por ser guatemalteco y periodista me rebajan ustedes el precio de entrada?

Se pagan dos francos. Los negros suelen pagar hasta diez. El héroe consiguió que *se lo dejaran* en un franco. Más como quiera que este franco fuera al crédito, le echaron de cabeza al Sena, en donde á poco se ahoga.

Ahí tienen los lectores de *La Nación* explicada la conducta del periodista, sus críticas desbarajustadas, el desprecio que le inspira todo.

El, sin embargo, le confesó ha-

ce poco á Gómez Carrillo que, como racista, odia á los franceses por el recuerdo que tiene de Taussaint L' Overture.

Gómez Carrillo, que es generoso y que cobra un buen sueldo de *El Liberal* de Madrid, le dió el franco para el *Palais de l' Optique.*

—Acepto el franco—exclama el negro—para tomarme una copa de cerveza y comprarme una vela. Al Palacio no puedo ir.

Gómez Carrillo se asombra.

—Allí hay mucha luz, y las gentes me burlan el mapa de bulto que llevo en las narices.....

—¡Ah!—piensa un colega:—la noche es tu cómplice: ¡ya comprendo! A tí te viene bien aque-

llo de que de noche todos los gatos son pardos..... Y tú prefieres ser gato.....

***

El *Palais de l' Optique* es una mezcla de lo vulgar con lo grandioso. Situado á la vera de la torre Eiffel, ostenta un gran pórtico decorado de un modo particular: figuras mitológicas más ó menos artísticas que se pasean salvando signos del Zodiaco á modo de dibujo llamativo para la portada de un libro de Flammarion. Y bien que vale la pena de pensar en Flammarion cuando se penetra en el *Palais de l' Optique!* Al visitar sus departamentos pa-

recíame hojear los restos de una obra del gran astrónomo..... lo que, dicho sea con verdad, equivale á declarar que el *Palais de l' Optique* carece, en su aspecto de libro, de muchas y muy principales páginas.

No, no se trata de ver la luna á un metro, como afirma el corresponsal de *El Fígaro*. Hay algo más. Hay mucho más. El edificio tiene en el centro una galería amplia en donde descansa un aparato de 40 toneladas, un coloso de las exploraciones celestes que nos pone la luna..... á la vuelta de la esquina.

El *Palais de l' Optique* es un panorama divertido, en donde se pueden pasar largas horas de ob-

servación, que se presta á la profundidad de los estudiosos y especialistas. He seguido todo un curso maravilloso de microbios, gracias al que me propongo, el día de mi regreso á Cuba, pedir una cátedra de la Universidad. He sufrido, porque se sufre mucho en el laberinto de hermosas experiencias de electricidad radiante... Y he bajado, en calma, á las profundidades del Océano, y he registrado un mundo mojado lleno de chozas, rico en su flora, donde habita la sirena ardiente de los soñadores.....

***

Salí del *Palais de l' Optique* como quien sale del Universo pa-

ra entrar en la taberna de un barrio de Madrid; salí de aquel edificio original y raro, como quien pierde el privilegio de ir de un mundo á otro, en el palo de una escoba, como quien se ausenta del rico salón cósmico, en donde bailan con decencia los mundos jóvenes y mantienen fascinadora luminaria los astros inmortales....

Hago estación en el Campo de Marte, convencido de que estoy en el mundo real, en el mundo de las mentiras..... y sólo veo, tristemente, los resplandores lejanos que orlan el *Palais de l' Optique*.... hundido entre las sombras de la vida que no disipan el ingenio y la gracia parisiense.

(Julio 3).

EL 14 DE JULIO

EL 14 DE JULIO

[illegible] es un poco malhumorado...
otro un poco soñoliento.

El gran suceso de la mañana fué la [illegible] de *Maubert* que, [illegible] del pueblo soberano, lu[illegible] sus negros trajes de luto por la Plaza de la Concordia. Llevaban su correspondiente corona para la estatua de Strasburgo.

—¡Viva la Francia! ¡Vive L'armée!

Y la corona tomaba su lugar en la estatua. A pesar de esto, que me inspira una gran simpatía por el pueblo de Francia. El pueblo que no olvida, es grande. El pueblo que no busca venganzas para el [illegible], es grande......

A [illegible] no se quitará jamás [illegible] tradición francesa. [illegible] se oye

en todos los ruidos, se vé en todas las artes. El chico aprende, de rodillas sobre la almohada, entre un Padre Nuestro y un Ave María, la *revancha*..... *¡la revancha!*

Pero yo no creo en tal *revancha*. Mientras Alemania sube la cuesta del progreso, Francia baja al abismo de la neurósis. No es posible la lucha. Los franceses cometen el crimen de ahogar la *revancha* en la orgía eterna, en el deslumbramiento doloroso de su frivolidad divina, en la degeneración y el escepticismo. No es posible la lucha. Alemania robustecida por el trabajo y el orden, mantiene su Ejército de honor, como lo hizo el gran Canciller, el gran Apostol, en cuya piel se cristalizaba el

EL 14 DE JULIO

tua del sargento Babillot, heroe de Tuyen Quan. ¡Lágrimas por todas partes! La pena, la alegría, todo á un tiempo, bajo la misma fecha, congregadas en un solo día y en un solo entusiasmo.

Flores..... flores..... muchas flores.

Cumplimientos para Juana de Arco, para Washington..... ¡y un poco de *juerga* casi andaluza en plena plaza de las Pirámides!....

***

Mucha gente tenía miedo á las gracias anarquistas, á una bomba no ha mucho sorprendida en la Exposición y denunciada por Rochefort, que viniera á rompernos

el alma al són de un *¡Viva la República!* equivalente á un *¡Viva la Muerte!*.....

Yo era de los que tenía miedo: soy muy franco y lo confieso. No me excusé de ningún espectáculo decente, sin embargo.....

En lujuria de manifestaciones, descollaron los socialistas y nacionalistas. Fueron dis retos al punto de no causar pánico en las masas. Hacían hasta cierto punto algo inocente á estilo del Marqués de Cabriñana en Madrid.

Grupos numerosos por Longchamps que jugaban á socialistas..... Devotos de *L'Intransigeant* que cantaban himnos bravucones.....

Por la *cascada*, oíase entre la

algazara de los socialistas, el grito tendido de:

—¡Vivent les soldats!

Pero los grupos se dispersaron porque venía S. M. Loubet, el Presidente de la República. Pasó el Presidente Real, y los Jefes de grupos, que escandalizan en nombre de sus partidos, lanzan retos á los Jefes del Orden Público y van á pagar sus mojicones en la cárcel. Había muchos de ellos que no sabiendo título que apropiarse, se declaraban parientes de Drumont ó lectores de *La Libre Parole*.....

Nacionalistas y socialistas plantaron su pabellón, al fin, en la *cascada*. El General Jamont, héroe del momento, autor de cartas y

protestas, ilustre émulo del Ejército, objeto de subscripciones populares, sacó algunos vivas.....

El calor era sofocante. Las pasiones sofocaban también á los franceses.....

A mí me sofocaba el fastidio y el abatimiento. Me excusé de la revista militar. La prensa declara que fué grandiosa. La tumba de Napoleón se estremecía en su agujero de los *Inválidos*..... ¡También él se excusó de ir á la revista!.....

***

Eramos un grupo de camaradas, en el Bosque de Boulogne. Paseamos en bote: charlamos de Cuba. Nos dimos una cita en

Punta Brava para festejar la República..... Y á las diez de la noche el gentío popular nos daba apretones en la plaza de la Concordia, á donde fuimos á ver los fuegos artificiales.

Los franceses son los genios de la luz. La divinizan. París era una fogata celeste, indescriptible. A gran distancia, la torre Eiffel, como una canastilla de mimbres encendidos, miraba al arco de Triunfo que parecía medio tristón, con unas luces raras que le daban aire de provinciano á quien se le cae la baba, una baba de farolillos verdes..... consternado tal vez, ante la luminaria de la Ex posición cuyo aspecto dejaba atónito á cualquiera.....

—Luz..... luz, mucha luz.

En los teatros la entrada gratis. Por todos los rincones de París un baile, en todas las plazas una tribuna y una murga que tararea la *Marsellesa*.

¡Qué buen modo de celebrar una gran idea y un gran aniversario!

Las calles son azotadas por el galopar de los caballos, en su tarea involuntaria de arrastrar coches. El pueblo se echa al medio, marcha como en campaña, como si fuera la muchedumbre de *boxers* de París que se dirije al palacio de los Ministros.

La luminaria es inmensa. Las banderas mezcladas. Solo en el *Café Inglés* descubro una bandera

de Cuba, al resplandor de muchos fuegos, viva, muy viva, con su estrella y sus franjas..... en el concierto de muchas otras banderas de muchos otros países.

En prueba de gratitud tomo cerveza en el *Café Inglés*. Pago. Doy propina. Abrazo al *garçon* que me coje miedo.

Salgo y atravieso París. La luminaria sigue..... París no tiene fin.

—Luz... luz... mucha luz.

Y terminaron los fuegos artificiales y la noche continuó como de costumbre. Mucha *cocotte*, mucha borrachera.....

En el *Olympia* fué el último suceso con que se celebró el 14 de Julio.

El Boulevard descansaba. Algunas *Madames*, sin hogar, fueron expulsadas de la *taverna del Olympia*.....

Una de ellas se puso en cueros y comenzó á bailar la danza del vientre en medio del arroyo.

Vióla un cochero bastante mal parecido, agarrola con fuerza por las piernas y echándola sobre el coche, corrió ligero, dando este grito con voz cascada de borracho:

— *¡Vive la Republique!*

EL BOULEVARD

EL BOULEVARD

La humanidad es realmente idiota. El convencimiento, pleno de esta afirmación me tiene en abierta pugna con todo lo que me rodea. Y París es una prueba concluyente de lo poco que valemos los hombres, *en colectividad*. Venimos de muy lejos, con pretextos diversos; quién al Certámen Internacional; quién á hacer el oso

en los Hospitales; quién á cumplir un deber de disciplina periodística. Pero todo eso es falso, y ajeno al verdadero propósito que nos anima. La humanidad viene á París á algo menos que todo eso, á algo más pueril é inútil: á darse un paseo por el Boulevard, entre perfumes y luces.

Por mi parte, odio, con el odio santo consagrado por el autor de *Mis Odios*, al bendito Boulevard. Lo atravieso por pura necesidad, obligado por lo irregular de esta capital volcán. Cuando voy por sus aceras y me codeo con los amantes de Montmartre, huyo y hago mis filosofías de poeta hambriento.

Llega á París el imberbe estu-

diante, desde remotas tierras, fascinado por lo que presiente, por lo que tiene, en sonidos, más harmonía que en colores..... Hundido luego en el mar sin fondo del Boulevard, se ahoga pronto. Si la víctima es poeta, estalla en explosión lujuriosa de intelectualidad. Si profano del arte muere aturdido por las voces que se le antojan incoherentes, perdida la sangre y perdido el amor en el vicio brutal, en el ensañamiento de la carne á la intemperie.....

El Boulevard tiene la ferocidad de lo insaciable. Adora en el lodo y en la joya: es ateo y místico. Tiene todos los colores, todas las músicas, todas las inspiraciones. Van y vienen el pintor, el poeta,

el musico: ni se conocen ni se estiman caso de conocerse

***

Yo veo..... y observo. Hay en París una verdadera invasión de sudamericanos, motivo por el que nuestro idioma se zarandea impúdicamente por todas partes.

Un viejo chileno de patillas brasileras y cuello argentino, estirados y semejantes la corbata y el bigote, llega al Boulevard des Capucines, y hace de gendarme en mitad del arroyo. Parece una estatua de chocolate y crema.

Mira hacia todas partes, en todas direcciones y sus ojos adquieren un brillo especial.

—Aquí vengo á enterarme de que no estoy tan viejo como dicen —reflexiona... y se echa á nadar entre olas de mujeres bonitas.

No tarda mucho en sentirse poeta y dejarse crecer la melena.

Mujeres bonitas!..... ¡Vaya que si las hay en París! y todas ellas van al Boulevard, con el refinamiento de sus sombreros y dulcemente presas entre tiranuelos trajes de seda.....

- ¡Qué linda mujer aquélla, la del lunar! ¡Misterios de la Naturaleza—exclama perorando á un grupo de paisanos:—¡haber escupido sobre aquella carita de porcelana después de tomar el café!

La del lunar, sin embargo, vale menos que aquella gorda, de es-

pléndidas caderas, que ha dejado caer sobre la frente un crespo á modo de interrogación. Y ésta vale menos, á su vez, que la rubia, la pálida, que va de prisa, que se levanta el traje á la altura de la rodilla, y luce unas botitas muy finas de piel roja.....

El tiempo se vá. Llega la hora de las estrellas; el retozo de los astros electriza y el buen chileno suda como un bárbaro porque, ignorante de la lengua francesa, no le entienden sus audaces piropos.....

***

Frecuentemente los que se ven en el caso del chileno, sufren de horribles melancolías, sienten de-

vorado su corazón por un amor borrascoso de lunares y botitas finas de piel roja .....

Don Serapio, que así se llamaba el héroe, solo, en su cuarto del *Grand Hotel*, con los recuerdos, los remordimientos y las ilusiones danzando en su cerebro, llora á lágrima viva su desdicha ..... desdicha indefinible.

Está enfermo de ese mal que llamaremos, con perdón de los castizos, *boulevarditis*.....

Una noche se resuelve á tomar un preservativo enérgico contra los abscesos de su epiléptica enfermedad.

Y se cuela en el *Olympia*.

Expiraba la función. Algunos espectadores tomaban el buen

partido de marcharse; las señoras de los palcos, sin quitar la vista del escenario, echábanse á la espalda sus abrigos: era el instante preciso en que hacen tortas la curiosidad y la impaciencia.....

Pierrot hace piruetas. La hermosa Nocton hace de general vestida de *maya*, como si los generales asistieran en cueros al cuartel .. Son las últimas maniobras de la pantomima, y repercuten las últimas carcajadas de *Pierrot*, un *Pierrot* triste, feo, obligado á ser gracioso en el *género chico*, esteril y sobrio, que domina en París.....

Los colores brillantes, acaso exagerados del *Olympia*, antójansele á don Serapio obscuros y moribundos. Siente correr, además,

por la sala, una mezcla sarcástica de alegría y amargura..... y la ola de chicas guapas—invasión del Boulevard—que va de un lado á otro, apagándose, en notas vibrantes de música festiva, el roce de muchas sedas con la alfombra. ....

Don Serapio, perseguido, asediado por el Boulevard, intenta salir. El público del *Olympia* se echaba precipitadamente al arroyo, obligando al enfermo á detenerse.

Hacia el escenario, empezaban á caer las sombras: la tristeza de la soledad que se esparce por los palcos y toma asiento en las lunetas..... ¡Ah, qué filosófica ternura abrió á la vida normal el espíritu enfermo de don Serapio, ante

aquel público que se le antojó criminal más que ingrato; aquel público del que nadie se quedaba, ni por el más leve sentimiento de caridad, á hacerle compañía á los dorados de la sala, sepultados ya, en inmensos copos de noche!.....

(Abril, 1900 .

A TRAVES
DE LA EXPOSICION
DE 1900

A TRAVES
DE LA EXPOSICION
DE 1900

(REMINISCENCIAS DE PARIS)

Al caer, como por encanto, en la Plaza de la Concordia, una fuerza poderosa de admiración sincera lleva nuestra vista al Campo de Marte, al rico panorama de cúpulas de oro y torres de marfil. Altivo, alumbra el sol, y enaltécense al reflejo de sus rayos, enor-

mes columnas de soberana belleza: radiantes y elocuentes, soberbias, al resplandor del día; melancólicas, mudas... á la sombra misteriosa de la noche... Divísase un conjunto abrumador de colores, una diversidad exótica de perfiles, y vénse, allá, lejos, en el fondo del paisaje, perdidas en el espacio azul, con caractéres indelebles, formas vivas... tal vez soñadas, de Ideales que se cumplen, en divina complicidad con la Naturaleza. Acuden á la mente recuerdos lejanos de paisajes reales, y siéntese irresistible amor al Arte de Ruisdael que levanta el molino triste, de rústico pedestal, sobre las márgenes verdosas del Rhin..... y témense descubrir entre brumas que

no existen, agonías ó tempestades del genio lúgubre de Dyck....

No... no es eso lo que se ofrece á la vista del espectador curioso; no corren, por entre las arboledas del bosque, diosas gentiles, ninfas de amor que manchan con luces olímpicas las secas producciones de la arquitectura moderna; no se yerguen orgullosas, entre fuegos infernales, magestades de marmol, que adormecen en estática contemplación... No: son esferas de superficies fosforescentes, estátuas de líneas duras que acusan el buril que con santa devoción elaboró... y un mundo de palacios encantados que se riega en desorden á las orillas históricas del Sena.

La exaltación del panorama la

llevamos todos desde antes de llegar á París. Forjamos en el cerebro un París á nuestro gusto. Percibimos, en un París sobrenatural, perfumes que no existen, y buscamos sensaciones falsas. La perspectiva que desde lejos nos presenta la Exposición, es un poema que se renueva en almas de artistas... y cuando nos acercamos á la Puerta Monumental y asoma, temerosa, la duda al corazón, decae el espíritu, tranquilízanse los nervios, y con relativa indiferencia nos detenemos ante aquellos arcos grandes, fríos—con la frialdad del rosa,—ligeramente taladrados por listas doradas—que sostienen una figura al parecer de obispo, y á distancia relativa de estatuas vul-

gares que elevan aladas varillas de nieve...

La Puerta Monumental no es una obra maravillosa como anunciaban los escritores franceses. Carece del tono especial que caracteriza lo genuinamente parisiense; no guarda relación, en belleza ni en estilo, con los grandes monumentos que se ostentan en la Exposición..... y tal parece una muestra grotesca del alarde vanidoso con que París ha querido mostrar á la humanidad su Arte enfermo, y su Genio insondable.

No hay, en la Puerta Monumental un detalle suave—esa suavidad encantadora que inmortaliza toda creación verdaderamente grande. Y allá, muy alta, demasiado alta,

la *Parisienne* de Moreau-Vauthier, y las dos estatuas de Bellery-Fontaine—homenaje á la electricidad—se ven hasta cierto punto desairadas, muy solas, arrepentidas, deseosas, tal vez, de hallarse nuevamente al nivel de los mortales.

La Exposición es inmensa, la Exposición es otro mundo... Son muchos los jardines... son muchas las flores... son muchas las tentaciones. Verla en orden, obedeciendo á un plan, no perdiendo un solo rincón, es obra difícil, obra de los que quieren abarcar en su cerebro toda la sabiduría de la vida. Yo confieso honradamente que no sacrifiqué á la enseñanza de cada punto la diversión de la miscelá-

nea... y estoy por creer que solo aquellos en quienes el interés peculiar de un análisis ordena la calma y la templanza, recorren, de dia en dia, objeto por objeto. No pueden, además, en mi sentir, ofrecer sensaciones semejantes los espectáculos diversos, la vista del *Petit Palais* y la del *Pavillon Schneider*, la *Exposición Centennale* y el viaje imaginario de Rusia á China.

Tenemos que ir, forzosamente, en pos de nuestras aficiones. Pasamos días, semanas.....meses, en el *Grand Palais*, si nó admirando la muestra mayor, la más grande del arte, al menos haciendo la comparación de todos los estilos, y la historia de todas las escuelas.

La vista se pierde, y precisa sobreponerse á la vaguedad con que miramos el conjunto. En el deleite de alguna construcción rara, es facil divagar sin rumbo y concluir por sorprendernos con los ojos fijos—sin intervención de la voluntad—en el armatoste de hierro que se llama torre Eiffel, susceptible á todos los juicios, á las más contradictorias apreciaciones, hermosa á ratos, fea, imbécil, cuando se nos antoja verla bajo el sugestivo recuerdo de Guy de Mauppassant. El poeta odiaba la torre Eiffel.

No hay en esta Exposición detalles de tal mérito que resistan á los embates del tiempo. Todo lo verdaderamente notable es colec-

tivo. Reflejo digno de la época, sella las tendencias de una generación poco intelectual. Supera la manufactura á las creaciones artísticas. Hay una maravillosa prueba de progreso en los pabellones de todas las industrias, que palidece el esfuerzo que representan las exhibiciones de otro género. La arquitectura vence á la pintura; la poesía de la naturaleza, muere, en muchos detalles, á manos del artesano... y no contrarrestan esa gran potencia de manifiesto, los simbolismos extravagantes, las escuelas convencionalmente originales á que se dan, con desesperación, los finos parisienses.

Compruébase, todo esto, dando

un paseo por el Trocadero en donde los hijos del Celeste Imperio dan á conocer, en pequeños pabellones, un océano de baratijas, en donde las construcciones Indo-Chinas, sin el cultivo de generaciones fecundas que improvisen, remedan los viejos estilos adaptados á las conveniencias contemporáneas. Y sólo hallo, al subir una cuesta, donde es fatigante llegar, un palacio pequeño, blanco como una paloma, triste, que revela una labor interesante de pueblo joven, enmudecido por hondas desventuras: el pabellón del Transvaal con su choza *boer*, de amplio techo sobre gruesas y pequeñas paredes de piedra.

Para los que visitan la Exposi-

ción, no es esto lo que despierta mayor curiosidad. Los más, atraviesan el Sena, para gozar del espectáculo admirable de las naciones plantadas, con orgullo, en fila. Italia, espléndida, afectando la forma de una inmensa catedral, con sus filigranas de arte gótico ó estilo Renacimiento. Turquía, presentando la sobriedad de la arquitectura oriental, como la obra de un pueblo medio muerto..... Los Estados Unidos, á la derecha de Turquía, remedando el capitolio. Austria, con su palacio propio de Casa Consistorial..... y más allá Persia, caracterizando en su pequeñez los hábitos de su raza: Bélgica, Luxemburgo, Noruega, España, Grecia, Monaco..... y de-

tiénense, absortos, los amantes del *Byzantinismo*, ante el pórtico de Finlandia.

Quien diera esta vuelta, en un vaporcito excursionista, habría de reconocer que la Exposición es magnífica. Siéntese el alma sobrecogida y pasan por la mente muchas sombras que mueren fuera ya de la Exposición, en donde el Sena es más ancho y el horizonte más hermoso, y se tiende, sobre el valle inmenso, el cesped risueño... Pero el vaporcillo regresa. Desembarcamos en la villa suiza, descansamos á orillas del río, á la falda de una montaña, próximos á una arboleda, que casi cubre algunas casas de frágil construcción.

Altas, fornidas, con sus ojos

negros, orlados por gruesas pestañas, sobre la penumbra de sus ojeras, ceñido á la cintura el delantal de caprichosos colores, van y vienen, y se echan sobre el musgo, mujeres típicas de la Suiza libre y dichosa. Ellas llevan nuestro pensamiento á la patria, lejana y abatida! La villa suiza es lo más melancólico que he visto en la Exposición. Excursiones de poetas melenudos asisten á ella con frecuencia; conságranle sus versos, miles de neuróticos que ambicionan la vida de la Naturaleza: dispónense muchos románticos, de los que aún quedan, á consagrar en ella el poema de sus amores!...

***

Apesar del imperialismo de la Industria en la Exposición, se advierte un espíritu superficial que, en cierto modo, es uno de los atractivos que seducen á la mayoría. La música exótica, el baile oriental se oye ..... se vé en todas partes. Los franceses aman la diversión sobre todas las cosas. Prefieren reir á estarse serios, las carcajadas de la holganza á las meditaciones del trabajo mental. Y á todas partes llevan su entretenimiento, el espectáculo breve, ligero, suave, sin emociones, con gracia. Allí lo podemos ver, en la *rue de Paris* ribeteada de teatritos pequeños, en que ganan el pan algunos poetas con detrimento de sus obras, algunos músicos con

detrimento de la harmonía. Es ese el lugar escogido por el París elegante para substraerse á todo lo que trasciende. A un extremo de la Exposición, apenas se divisa, desde la *rue de Paris*, el *Palacio de la óptica*, sorprendente, el rico pabellón de la electricidad..... ¡y tantos otros!

La música es alegre y el corazón se ensancha. El baile es alegre y la voluptuosidad proporciona grandes placeres. El *Palacio de la Danza* es por eso uno de los lugares favoritos. No lo es por cierto para los que saben ver en la vida algo más hondo, ó para los que en cualquier manifestación del arte, buscan la belleza y el perfeccionamiento. La historia del baile es

poco interesante. El baile, en sí, al modo de cualquiera época, es igual siempre, y para mí, insoportable.....

Prefiero, á eso, las tumbas Egipcias, aunque las hicieran de trapo, malamente pintadas por toscos pinceles. ¡Momias egipcias traídas para encanto del mundo europeo, sobre aparentes lozas que tiemblan, al colarse, entre las costuras, el friecillo de la humedad eterna!..... En mi sentir se ha faltado al respeto de los muertos egipcios, y se ha hecho, de algo imponente, una caricatura monstruosa.

En este atravesar paises sin cuento en breves minutos, y asistir á diversas fiestas de razas distintas, nada para nosotros, los

hijos de Cuba, como hacer escala con frecuencia en los corredores del Palacio del Trocadero, más allá de Groelandia, antes de llegar al Congo Austriaco, en un pabellón en que los oriflamas de colores vivos y una alegoría del trabajo, que expresa la nueva vida de un pueblo heróico, nos indica que estamos en Cuba.

Y Cuba jamás ha sido representada en alguna Exposición como esta vez. Su sección relativamente ámplia—menos de lo que nos fuera preciso—acudiendo con ejemplares, más ó menos ricos, de todas las industrias y de todas las artes, al concurso de las naciones, fué para los que le visitaron un asombro. Aquel país arrasado por

la guerra en el que, según creían los franceses, divisábase aún el resplandor de la tea..... ¡realizaba sin duda algo extraordinario! Allí estaba Cuba, con su bandera redentora, enseñando los tesoros de su riqueza, los productos de su laboriosidad y su constancia, á un mundo que ignoraba, acaso por indiferencia, que en este país hay un gran pueblo que ama la paz y el trabajo.

Esto es, sin duda, de gran importancia, y esto, es sin duda, lo que debemos los cubanos á la gestión de Gonzalo de Quesada. ¿Por qué no declarar esta verdad que es evidente? Quesada dedicó al éxito de Cuba, en París, todas sus energías y todas sus influencias. Ati-

nado en el desenvolvimiento de su plan, fuímos uno de los países de la América española en que la representación fué completa y la recompensa grande.

Llegamos los cubanos á Paris sin miedo á un fracaso que no era difícil. Perseguíamos solamente el ser respetados como un pueblo inteligente y laborioso. Y bien pronto, un triunfo en arte, primero que ha obtenido Cuba, vino á darnos aliento y á aumentar nuestras aspiraciones legítimas al éxito.

Un cuadro, presentado modestamente por un pintor cubano—Leopoldo Romañach—que no halló lugar en el Palacio de Bellas Artes, y que, confundido con exhibiciones de género muy distinto,

perdía importancia; un cuadro sencillo, pero hermosísimo, en el que se ve la mano de artista de alma superior, atrajo la atención de cuantos nos visitaban; y comentados sus méritos, discutidas sus bellezas, los artistas franceses que componían el jurado de pintura, fueron á verle y á juzgarle: Romañach había vencido de la indiferencia que, para nosotros, extremaran los que creían á Cuba incapaz de sobresalir en tal sentido.

***

Imposible es, de todo punto, visitar con el lector en el espacio estrecho de un artículo, toda la Exposición. Pero es bueno mos-

trarle la gran feria, desde la canastilla más alta de la torre Eiffel, desde donde todo se ve pequeño. París resulta una estampa, un cromo sin límites. La Exposición un juguete caprichoso, caro. Al caer la tarde el espectáculo desaparece y solo se divisan luces multicolores, hundidas en una inmensidad negra.

¡Ah, qué hermosas luces! El arte de la luz, es sin duda parisiense. La Exposición iluminada, es un portento. Y á la gran altura á que nos colocamos, la vemos fuera de la realidad; nos parece que corren las luces, que se agitan, que discuten y se separan..... como si á una distancia enorme de la tierra, divisáramos, no los hombres, sino

las almas convertidas en puntos de fuego.

París tiene mucho que admirar fuera de la rutina que obliga. A la altura á que estamos, lo confundimos todo, el París alegre que se divierte en los Boulevards, con el París que visita la Exposición noche y día..... Tal parece que no hay linea divisoria entre la gran feria y la gran ciudad; tal parece que la noche rompe las puertas, desaparece las murallas de cartón, y lo une todo. Y los discos de oro que se ven difúndense en la luminaria de París, limitada por el arco de la Estrella.—La Exposición cansa y el viajero, al fin, se despide para siempre de ella. Ha visto cosas notables, que dejan huellas

profundas en su corazón; ha sentido palpitar la belleza del paisaje á tramos realmente bonito; ha visto correr el Sena, el Sena de los poetas, el Sena de los novelistas, el Sena de los suicidas..... ¡y el viajero vulgar se da por satisfecho!.....

La Exposición ¿es grandiosa? Sí lo es! Abundante en defectos, desordenada en la distribución,—lo que hace más difícil la visita del extranjero,—es sin duda el Certamen que triunfa, en conjunto, por su belleza, en detalle, por el esfuerzo con que han acudido al llamamiento las naciones.

A ser posible, cada país llevaría á su pabellón no sólo las costumbres, el idioma..... sino la

temperatura. Y aun creo que, por una aberración de la fantasía, yo me sentí helado en Rusia y me sentí ardiente la piel en el Sur de Africa. Podemos decir que hemos estado en Pekín, con sus estrechas casitas que tal parecen de porcelana y no negará nadie á los que visitaron la Exposición, que han penetrado al centro de la tierra y que han llegado al fondo de los mares.....

***

El recuerdo enaltece: la Exposición reproducida en la mente, es mayor aún. Pero son más grandes las sensaciones que experimentan, en la gran ciudad, los que la atra-

viesan con loco delirio. Los bohemios de Clichy, no van á la Exposición; los poetas sinceros la excomulgan: no ejerce influencia alguna en la literatura. Las veleidades de la forma parisiense, los escepticismos del artista francés, ni se aumentan ni se agotan.

Y son curiosos, curiosísimos, los juicios que forman los literatos de la Exposición. Moreas, no cree que tenga importancia alguna: entregado á su poesía de matices griegos, la desprecia hondamente. Armand Silvestre, que gana algunos cuartos con sus poemas, llevados á la escena en un teatrito de la *rue de Paris*, deplora que la Exposición tenga fin..... ¡esa Exposición que es la mayor de las

tonterías!..... Lajenesse, goza con los tipos que á su vista aparecen en el Campo de Marte..... y la condesa de Martel (la inspirada *Gip*) celebra diálogos admirables con los burgueses que pagan á buen precio los licores del Japón.....

Para los escritores latino-americanos, para los poetas que después de una dolorosa aclimatación se sienten parisienses, Paris no debe ser innovado, y todo lo nuevo es pequeño. La vida, para ellos, no debe salirse de las páginas bien trazadas del libro de Murger. Rubén Darío es el único que se somete á la realidad, que ama el París de mañana tanto como el Paris de hoy..... Y la Ex-

posición, para él, es un manantial de ricas concepciones.

Llega al fin la hora del regreso. Y regresamos casi mudos..... Venimos á coincidir honradamente, y pasados breves días, en la idea de que hemos sido sugestionados, en la idea de que nuestro espíritu ha vivido en terrible excitación, el cerebro fascinado..... Volvemos la vista, en mirada retrospectiva: aparecen de nuevo las cúpulas fosforescentes, las torres de marfil, en peregrinación constante por los prados que baña el Sena..... ¡Ah! Es que en la vida todo avanza, todo se aleja, todo desaparece.....

LILI

LILI

—

Avidos de sensaciones violentas; rabiosos con la monótona igualdad de un día á otro día; desesperados de arrancar asunto á las más leves variaciones de la política; enterados de que Weyler amenaza y Dreyfus padece fiebres y los señores de la Haya pierden el tiempo..... un suceso, casi vulgar, pero no falto de interés, pone

la pluma en mano de los panegiristas, y Nerón resucita enamorado de Ulises Heureaux, alias *Lilí*, que es á su vez objeto de las envidias de Luis XI y Cánovas del Castillo, el cual Cánovas hace muecas despreciativas, desde su sillita de la posteridad, al lagarto Valeriano Weyler. Me refiero á la muerte del Dictador de Santo Domingo.

***

El asesino del general Heureaux se llama Cáceres. Según la prensa, ha huído y las tropas le persiguen indignadas..... ¡Como nó! Si el *ilustre* Cáceres hubiera matado á un literato empobrecido por la in-

justicia de los hombres, las tropas no se moverían de sus cuarteles. Alguna beata, en presencia del cadáver, hubiera rezado un Padrenuestro por el alma del difunto; y los doctores discutirían el triste deber de acercarse y examinar á corta distancia de las narices las heridas del literato:

—*Añangótese* usted, doctor ...

—No; usted primero, no le dé pena...

Y al divisar un pañuelo, el más resuelto hubiera dicho:

—*Jondéeme* usted *eso*—quien, al arrodillarse, incomunicaría sus fosas nasales con la atmósfera de un literato medio podrido.

Pero el asesino de un tirano debe llevar miles de soldados por

detrás, para que nosotros, desde aquí, le consideremos general al frente de numerosas fuerzas.

Las honras fúnebres del tirano habrán sido suntuosas en lo que cabe. Las heridas del general serían olfateadas por miles de curiosos que, sin temor de pillar un tífus, aplicaríanles sus narices, previo respetuoso *añangotamiento*, y no habrá faltado quien diga:

—¡Ay, *Don* Lilí! Yo también quisiera ser tirano!

***

Don Lilí es innegable que tenía gran talento, y sobre todo, la intuición terrible de un perro de presa. Para él, Santo Domingo no

pasaba de ser un despojo de Africa arrojado en el mar de las Antillas. Y africano fué en todos sus actos, y africano fué en todos sus gustos.

Como hombre de valor, su fama pasa al rango de la leyenda inverosímil. Y en cuanto á individuo típico de indomables resoluciones, no hay más que recordar cuando condujo al Secretario de la Guerra á un acorazado y le pegó cuatro tiros que lo pusieron de patas en el otro mundo.

Así como Carlos IX opinaba que "el ser clemente era crueldad," *Don* Lilí sentó el principio de que en estos tiempos no son nada saludables las virtudes del inmortal negro Taussaint L'Overture--aquel

que altivo y arrogante se dirige á Napoleón diciéndole: *El primero de los negros al primero de los blancos.*—Y *Don* Lilí hizo de verdugo, matando todas las libertades, sembrando rencores y deteniendo, por asalto, cuchillo en mano, la civilización salvadora, que cuando se aleja produce la tísis de los pueblos.

***

Rueda la noticia, ufana se pasea por el orbe, y tropieza, á veces, con la glacial indiferencia de muchos que no sabían más de *Don* Lilí que el haber obsequiado con un rico puro á su hermano político al darle la nueva de que iría

al patíbulo con sus ultimas cenizas;—ó con la sonrisa alegre de los que, filosofando sobre la suerte de los pueblos y sobre la suerte de los que llevan la conciencia á modo de maleta en donde guardan las cabezas de sus víctimas, murmuran:

—¡Los tiranos van cayendo!

VICO

VICO

Nuestro público ha recibido con lamentable indiferencia al gran actor español Antonio Vico, tanto más inexplicable conducta, cuanto que no es costumbre, en nuestra escena, ver relámpagos de genio. Azotado el arte por el género chico de *Albisu*, maltratado por la deficiencia cómica de *Lara*, yo creí que Antonio Vico sería un éxito completo en *Tacón*. No ha sido

así. Los palcos, vacíos, desairando al intérprete de Echegaray y Dicenta, medianamente ocupado el patio, por muchos que acuden al drama sin menoscabo del bolsillo... y la suprema ignorancia, repartida á grandes dosis, entre los pocos *amateurs* de las altas galerías.

¿Qué decir de este cuadro horrible que presenta el buen gusto de nuestro público? Le han atrofiado los ricos chistes de *La marcha de Cádiz*, las alegres sonrisas de *La Revoltosa*, las notas melodiosas, los hondos suspiros musicales de *La Chavala*..... ¿Qué nos queda ya, para el espíritu?... Las recreaciones disonantes, que no conmueven y desesperan, de los

malos versos patrióticos de *Cuba* (teatro) y los esparcimientos, inocencia inveterada, de los buenos gallegos que asoman la cabeza al escenario de *Alhambra!*

Llegó Antonio Vico en mala época, en el instante preciso en que el arte hastía y las gentes no gustan de padecer el ardor volcánico de los dramaturgos españoles... Llegó Antonio Vico en mal momento, cuando el dinero es poco, y las gentes no derrochan las pesetas en ver cosas que no entienden... Y *Tacón*, sin público, Antonio Vico, sin admiradores, se desgajan de fastidio en las noches, calurosas aún, de Octubre insoportable.

Tal parece que el arte dramáti-

co es un cadáver... El mundo tira hacia el espectáculo sencillo, hacia el espectáculo supérfluo. Una bailarina hermosa, atractiva, incitante, vale más ¡mucho más! que un recitador portentoso... Prefiérense las harmonías ligeras de Chueca á los pensamientos de Sellés: triunfa de las rimas sonoras, inmortales de Tamayo y de Ayala, el néctar pasajero de Valverde.

El teatro, opinan los más, no es la escuela psicólogo-social en cuyas aulas debemos discurrir graves problemas de la humanidad. El teatro—dolorosa afirmación—es sólo el circo á donde concurren los que sufren y los que gozan, á olvidar en un placer sutil, placeres ó dolores habituales.....

Están, pues, de sobra, en el mundo, los Vico y los Novelli, si se empeñan — vano empeño—en llevar al corazón los enormes desengaños de Yorik ó los abatimientos constantes de Hamlet.....

Vico es, en mi concepto, un desengañado. Trabaja lo preciso para que la vida le sea fácil... ¡No sabe otra cosa y se conforma con el arte! El público, en su opinión, merece poco: no vale la pena darle cuanto le pide á gritos. Conoce, á maravilla, dos grandes efectos: uno que sube atronador..... otro, que apenas llega á determinadas butacas... Y el público, por benevolencia ó por no saber lo que se pesca, declara que el actor es una ruina..... ¡Derrúmbase, con él, lo

que restaba, en grandeza, al teatro español!

Afónico, perezoso en su labor, descuidado siempre, cumple á medias los deberes que contrae anunciándose pomposamente... Muere, para el público de Madrid... ¡No ha existido nunca para el público de la Habana!... Y es una lástima. Deplóranlo á diario los que sienten la atracción inmensa de la poesía dramática: deplóranlo ¡ay! mil veces más, los poetas que se entregan, forzosamente, á las veleidades de Antonio Vico.

Su proceso es conocido y curioso. Comienza la obra sin entusiasmo, como si trabajara con disgusto, y por un exceso de complacencia, á petición de amigos majaderos

ó pedantes incurables... El artista se queda en casa, pensando en la eternidad, y acude á la escena un actor de cuarta clase. Si en las fatigas del día, ó en las luchas de la empresa, hánse ejercitado activamente sus nervios.... el actor aprovecha en escena una oportunidad propicia, y repantigado en cómoda butaca, no se mueve ni para rezar devotamente alguna estrofa vibrante de Tirso. ¡El público se duerme! Pasan las horas, cae el telón con indolencia tropical, los actos se suceden... y si cabe en suerte al que le sigue atentamente, que el artista aparezca por el foro, tendrá un instante en que, con sorpresa, ve algo que no há de ver en lo que le resta de vida....

Coquelin se esconde del espectador, no ya bajo el disfraz apropiado, sino bajo una fisonomía distinta que improvisa un gesto original... Novelli, el magnífico actor italiano, se deja ver con más frecuencia en la escena. Vico permanece siempre ante el público. No le importa que le contemplen... y realiza, de vez en cuando, la hazaña, digna de un prestidigitador ideal, de transformarse, cuando menos se espera, y representar, por breves instantes, un personaje, no como el autor lo ha soñado... sino como debió soñarle.

Novelli tiene un gran talento... Vico es un genio. Pero Novelli valdrá más que el actor español, y su huella, en el mundo del arte,

será más duradera. Novelli dá á sus creaciones un tono igual, en lo que es posible y es artístico. Novelli cree en su prestigio. Novelli cuida una reputación, y cumple, como bueno, con quien gasta su dinero en admirarle. En *Luis Onceno* tiene momentos en que el espectador se cree de patitas en la corte de Francia, pero toda su acción es buena, y todo su esfuerzo es notable.

Vico, en *Juan José*, espera al final del primer acto para mostrar sus geniales creaciones... Duerme el segundo acto... y en el tercero, suele crecer, por modo sorprendente, cuando mata á Paco y ahoga á Rosa.....

Novelli, en *Los Aparecidos* de

Ibsen,—en uno de los dramas mejores del filósofo noruego—consigue enmudecer al espectador, y le hace sentir, con la fuerza de su talento, los dolores de cruel enfermedad, los desvanecimientos de un cerebro que se pierde á la salida del sol.

Vico, en *El Gran Galeoto*, le toma el pelo al autor, se burla sin piedad de Juliana, y en instantes decisivos, por pura broma, semeja un pájaro que bate las alas y se muere al querer volar!

Para aquellos que sólo ven en Antonio Vico los rasgos admirables, las situaciones felices, no resiste con él, actor alguno, la comparación. Para el público que busca sensaciones constantes, y que

no ve con los ojos del cariño al actor *sui géneris*, es inferior á Thuiller. Porque la masa humana que va al teatro y saca la cuenta de los dineros y pone precio á los minutos, no perdona dos actos rezados por todas las magnificencias de la escena final.

No tiene ya remedio. Han caído los años sobre Vico, y háse viciado su ser artista...: Vive, hoy por hoy, del recuerdo de lo que fué; busca en países lejanos al suyo, un poco de oro, la resurrección imaginaria de su fama, que no existe. Con una mala compañía que no le secunda, y que cobra, probablemente, sueldos módicos, da tumbos por las Américas, el más caracterizado actor de los que

reviven, cuando quiere revivirle, el antiguo teatro español..... Y su gloria se esfuma, poco á poco, en la aureola de otros artistas que no harán nunca todo lo que pueda hacer Antonio Vico.

¡Respetemos al genio, después de muerto, ya que tanto le aplaudimos cuando vivía! Celebra él sus propios funerales, con la indiferencia con que deben mirarse tales cosas desde ultratumba..... Cuando quiere, alguna vez, regresar al mundo real, salirse de su féretro, gritar muy alto..... pasa por la escena como una sombra, asusta á los que imaginan superarle..... y ríe y ríe mucho y sigue muerto.....

Octubre, 1900.

ARAMBURO

ARAMBURO

Si al leer, hace ya algunos meses, el estudio sobre la Avellaneda de mi querido amigo Mariano Aramburo y Machado, no hubiera tenido por cosa cierta que el autor de tal obra es persona de grande erudición y talento, la lectura de sus *Impresiones y juicios* me habría de ello convencido.

Aquel libro (*La Avellaneda*) fué para mí una sorpresa. Yo no conocía ni de nombre al Sr. Aram-

buro, aun cuando él hubiese con quistado, en buena lid, una reputación sólida en España, como literato y como hombre de ciencia; y fué una sorpresa agradable, que es bastante consuelo, á los que sienten hondo, ver aparecer hombres superiores en una época en que son Césares del intelecto, medianías neroneanas.

Advertí que el señor Aramburo no tenía una erudición á la violeta, como la de muchos de nuestros eruditos afamados; noté que á través de sus páginas, veíase al hombre laborioso y disciplinado, que reflejaba en una prosa impecable, su sistema de estudio y su costumbre de análisis.

Y tales condiciones que dan

profundidad y concisión al libro *Avellaneda, su personalidad literaria*, hállanse de nuevo, y aún más concretas, en el tomo de *Impresiones y juicios* que sobrepuja, sin duda, á todo lo producido anteriormente por el señor Aramburo.

Porque hay, sin duda, en *Impresiones y juicios*, más frescura en la forma, más vida, más color, aun cuando, en mi sentir, no ha logrado todavía librarse de cierto dejo didáctico que resulta monótono y anticuado en todo lo moderno, imperdonable en quién sabe apreciar la estética de la forma literaria.

En muchas páginas, que debieran ser totalmente hermosas, he notado ese defecto del Sr. Aram-

buro. Su artículo *La poesía* termina con estas palabras que, pareciendo un rasgo de elocuencia grandiosa al Sr. Aramburo, remedan una lección de Retórica amplia: "eterna poesía que es ley, necesidad, placer, cualidad, idea, emoción y atributo", hallando el lector dureza, en donde la frase debió ser flexible.

¿Es que hay en el Sr. Aramburo, la obsesión febril de mostrar su saber, á costa de la harmonía del concepto, aún en los más nímios asuntos de que trata?.....

De ahí que, algunas veces, el señor Aramburo dedique á un asunto mismo muchas más páginas de las que en realidad precisa; pero es tanta la discreción del escritor,

y tanta la fluidez de sus conceptos, que no logra, aunque lo deseara, cansar al lector que emplea largas horas en *Impresiones y juicios*.

Aminorado un defecto que puede llamarse *de tono*, en ciertos capítulos del libro, hace las delicias de sus admiradores en *El amor según la filosofía popular*, en *¡Paso á la crítica!* y hasta cierto punto en su bien pensado estudio sobre *La épica contemporánea*, en donde los buenos prosistas, amigos del modernismo palpitante, hallarán durezas no del todo merecidas.

Hay méritos positivos en esos escritores que el Sr. Aramburo cree desprovistos de pensamientos, que es como creerles estériles

en ideas... La pintura de la realidad es hermosa, y la observación de la vida, en sus manifestaciones exteriores, produce un mundo de ideas, tan grande, como el que puede alumbrar, en el cerebro del Sr. Asamburo, la contemplación de la divinidad católica..... Hay verdad, también, en esas descabelladas teorías que le horrorizan porque siente en derredor el vacío de toda credulidad religiosa... ni es capaz de hartar la belleza, por pródiga que sea, en los delirantes credos de la épica francesa, aunque disten mucho de la serena prosa del maestro Menéndez Pelayo.

Tiene el Sr. Asamburo puntos de contacto visibles con el crítico

de *Los Heterodoxos*, siendo menos ameno, y menos gramático que el, para mí, príncipe de los eruditos castellanos. Por eso, el señor Aramburo, á pesar de que su espíritu es enteramente español, y su educación literaria enteramente madrileña, no tiene exacto parecido con ninguno de los críticos españoles. Posée, en las creencias, mucho del enfermizo misticismo de Leopoldo Alas, pero es menos amargo en la expresión de sus ideas y en ellas más persistente.

Clarín suele salirse de los moldes á que voluntariamente se ciñe: es, tal vez, contra sus aspiraciones, poco cuidadoso ó menos convencido. Aramburo no se sale nunca de los límites que tiene bien tra-

zados en el campo de las ideas, y es á mi juicio, en este respecto, más serio y menos veleidoso que el crítico de *Sermón perdido*..... Sobre todo, Aramburo cuida menos de la forma, se sujeta menos á las exigencias de la personalidad definida, y ambiciona más el triunfo del pensamiento, que el éxito del estilo.

No carece, por ello, de brillantez. Quién afirmare en contrario, demostraría no haber leído su estudio sobre *La Imaginación cubana* ni el magnífico artículo dedicado á Castelar con motivo de la muerte inesperada del tribuno insigne. Ostenta bien claro, el señor Aramburo, en los artículos citados, un colorido hermoso y suges-

tivo, y los matices de su fino entendimiento. Desarrolla, además, en esas páginas de oro—sembradas de perlas y ópalos—disentimientos corteses, que ni hieren, ni siquiera lastiman. ¡Es esa, en la polémica del día, cualidad distintiva, dón que poséen, para sobresalir, ingenios superiores!

En Mariano Aramburo y Machado, tenemos, los cubanos, una personalidad prestigiosa que nos hace falta, y cuya literatura, á pesar de tal ó cual reparo, estimo que es salvadora, dado que por lo general se produce aquí poco y malo. Pero, ya que él aspira—y es justa y plausible su aspiración—escribiendo de asuntos que apenas caben en nuestro medio, ex-

poniendo un criterio tan libre que necesita para expansionarse un horizonte más ancho que el nuestro, á traspasar, su nombradía, del círculo que aquí se le ofrece y aún se le escatima; ya que su fé en el trabajo y su entusiasmo le dan fuerzas para sobreponerse á la estúpida indiferencia de los más, el Sr. Aramburo no debe salirse de su individualidad literaria, para que así robustezca sus propias aptitudes, y evite que en su poderoso cerebro esté próxima—parodiando una bella frase de su artículo *Feminismo*—esté próxima una nueva Babel, en donde, no las lenguas *sino las tendencias*, se confundan en estéril y espantoso *androginismo*

Es preciso animar, con el aplauso discreto, á los que son, como Aramburo, talentos fecundos y hombres de inspiración capaces de conmover con la palabra escrita, el interés de un público que no lée nada que le obligue á pensar en serio — tormento de los tormentos. Tales hombres son capaces de llevar á la ruina á los que toman por asalto la pluma y el papel..... despedazando las medianías insultantes en el vórtice de un huracán de carcajadas.

Y trabajar..... trabajar mucho: trabajar por los ideales íntimos que no se forman al calor de pueril vanidad; ser, como Esquilo, en el triunfo, el cantor y el héroe..... tener, al cabo de muchas decep-

ciones y hondos sufrimientos, rapsodistas que le canten, como á Homero, en el camino de la gloria.

LA CABEZA DEL POETA

CORRESPONDENCIA ESCRITA
PARA
El Mundo DE MÉXICO

LA CABEZA DEL POETA

Los señores críticos (1)—los que presumen de serlo, mejor dicho—hablaban, y siguen hablando y hablarán siempre del renacimiento literario en Cuba, como resultante de la Revolución..... y, si no me equivoco, ó la mente

(1) El ingenioso escritor Luis Carbó, se quejaba de la *poca fecundidad* de la literatura revolucionaria, no ha mucho, en el periódico *Patria*.

miza, con predominios retóricos insufribles.

* **

La Revolución ¡señores críticos! no nos ha traído arte: nos ha traído simplemente *yankees*. Lo uno es en su totalidad incompatible con lo otro. Quedan aún del tiempo viejo, las canciones de la esclavitud, que se repiten con semejante intensidad y melancolía. Las canciones populares, van con el estado moral del país: nada más triste que la harmonía rústica del canto polaco, nada más alegre que la copla inglesa, nada más dulce y quejumbroso que la guajira cubana. Pero, esos himnos bravucones de las guerras implaca-

qué renacimiento tan hermoso nos ha traido la bendita Revolución!"

¡Oh! ¡señores críticos! mientras ese *algo* —bueno ó malo— no tome forma tangible, y personifique un solo artista verdadero brotado de la guerra de independencia, dejémonos de renacimientos y tonterías!

La Revolución ¡señores críticos! no ha traído nada en cuestión de arte, y mucho menos en cuestión de ciencia y filosofía. Mas bien —y aquí de los que piden para mí una discreta mordaza—la Revolución nos ha restado mucho siquiera sea en la producción sana é inspirada de nuestros *genios*, que ha sido suplida, penosamente, por la literatura patriótica, enfer-

miza, con predominios retóricos insufribles.

* * *

La Revolución ¡señores críticos! no nos ha traído arte: nos ha traído simplemente *yankees*. Lo uno es en su totalidad incompatible con lo otro. Quedan aún del tiempo viejo, las canciones de la esclavitud, que se repiten con semejante intensidad y melancolía. Las canciones populares, van con el estado moral del país: nada más triste que la harmonía rústica del canto polaco, nada más alegre que la copla inglesa, nada más dulce y quejumbroso que la guajira cubana. Pero, esos himnos bravucones de las guerras implaca-

bles..... esos cantos que remedan cañones que se arrastran y balas que cruzan y cortan el aire.....yo no los conozco, con el perdón de los que me tienen por erudito, y tengo para mí que en caso igual se encuentra un heroico general cubano que, á falta de versos belicosos y cantos como toques de ataque á la bayoneta, repetía en la soledad de su cuarto, con notas de guaracha autonomista:

"En la calle de la tranca
y esquina del matadero,
vive un viejo majadero
con su cabecita blanca."

Y no hablemos de pintura, que sólo se conserva alguna acuarela discordante y en exceso cursi, en

poniendo un criterio tan libre que necesita para expansionarse un horizonte más ancho que el nuestro, á traspasar, su nombradía, del círculo que aquí se le ofrece y aún se le escatima; ya que su fé en el trabajo y su entusiasmo le dan fuerzas para sobreponerse á la estúpida indiferencia de los más, el Sr. Aramburo no debe salirse de su individualidad literaria, para que así robustezca sus propias aptitudes, y evite que en su poderoso cerebro esté próxima—parodiando una bella frase de su artículo *Feminismo*—esté próxima una nueva Babel, en donde, no las lenguas *sino las tendencias*, se confundan en estéril y espantoso *androginismo*

do un poeta: ¡Qué pena me causa dar su nombre hoy que nada menos se le quiere "lynchar:"

¡Pedro Piñán de Villegas!

Un caballero dentista, á quien nadie tuvo el honor de conocer, hasta que con un grado del Ejército Libertador, cantóle, en buenos versos, á su yegua, yegua que amaba mas que á su madre (dicho sea sin ofender).

Caracterizábale, en la manigua, su modo extraño, nada guerrero, y profundamente antipático. Sus compañeros no le amaban con el desinterés que suelen amarse los amigos en el peligro. Era odioso.

Jamás pidió un puesto de peligro en el combate. Pidió, en cambio, papel, tinta, pluma. Y en

cierta ocasión, el general Gómez mandó arrestarle. El poeta quería comer carne humana, carne de gallego macheteado.....

Se dió un combate entre malezas.

—¿En dónde anda Piñán?—preguntaba el General.

—Está debajo de una palma—respondía alguien—haciéndole una oda á las cruzadas..... de la Trocha.

Y.....¡señores críticos! cuando la guerra se acabó, el señor Piñán de Villegas hizo su entrada triunfal en la Habana, con las estrellas de Teniente coronel y su volumen de odas patrióticas.

—¡He ahí al poeta de la Revo-

lución!—dijeron muchos.—¡Viva el poeta de la guerra!.....

Y Piñán hizo sus primeros versos de la paz; unos versos hermosos, inspirados en una pasión que nacía con el resplandor de lo que es luz y no se puede apreciar, y por lo que comenzamos á tener por buen poeta al señor Piñán de Villegas (dentista).

Al fin, los amores del señor Piñán, fogosos como todo lo suyo terminaron en una boda vulgar con los testigos correspondientes, y todo lo del caso. Esperanza (su esposa) le pedía versos, y el artista daba rienda suelta á los consonantes que bullen en su alma.

Como poeta, no simboliza la

Revolución ¡señores críticos! Pero es más poeta que dentista.

***

Deslizáronse los días sin que el poeta dentista diera señales de vida. Amando *delirante* á su Esperanza; haciendo sonetos, quintillas, redondillas y también versos libres á su esposa, el poeta, en apariencia, al menos, gozaba de la alegría del matrimonio.

Pero, al cabo de los meses, la prensa sacó á relucir á Piñán, que aparece con el dictado de *parricida*, unido al de poeta y dentista y Teniente coronel. He aquí la historia, breve y terrible.

Piñán dijo; *yo* poeta y marido? Pues necesito hacer algo que con-

mueva mi ser y que produzca raudal de inspiración á mi lira. Y despojó á la niña de sus vestiduras y la paró en una silla. El poeta viendo la imagen misma de Afrodita (allá en sus sueños) le dedicó un poema.

Quiso hacer versos tristes, luego, y la martirizó, para martirizarse. Quiso luego verla sufrir crueles dolores, para inspirarse más, y ejerció de Jack *el Destripador*. ¡Hermoso oficio! Después cortóle el pelo, para hacer algo que significara la brutalidad de los celos.

– No quiero que tengas adornos para otro—le dijo tijera en mano.

Otra vez la amenazaba con su revólver de Teniente coronel, si

calles, ese pueblo que no pidió la cabeza de Porrúa en días de desolación y exterminio, pide *la cabeza del poeta*, el único que salió de la Revolución!

Poetas hay pocos .... asesinos, muchos.....A un lado, cubierta de flores. veo la dulce Esperanza, que sonríe, después de muerta, como si tuviera lástima de cuanto la rodea. En el calabozo, hecho un loco, veo al poeta, con la fiebre de la inspiración, escribiendo sus estrofas de dolor, a la luz tenue del farolillo vigilante que no le quita la vista de encima.....

El pueblo continúa pidiendo *la cabeza del poeta*.

(Agosto, 1899).

tras en la casa de la mártir, un cuadro fúnebre, terrible, de dolor inmenso, indescriptible, se desarrolla, el poeta dentista, allá, en la cárcel, hace sus odas eróticas, y llora, con lágrimas de cocodrilo, á su Esperanza perdida. Ha sentido una gran conmoción, tal vez la que él quería. El hombre llora, pero el poeta está satisfecho.....

***

Son las doce de la noche.....El mar refleja su melancolía, el cielo está nublado, la luna aparece cubierta por un velo. ¡La acusación de la naturaleza, el velo nupcial, alumbrado por una lágrima inmensa!

Y el pueblo, desbordado por las

calles, ese pueblo que no pidió la cabeza de Porrúa en días de desolación y exterminio, pide *la cabeza del poeta*, el único que salió de la Revolución!

Poetas hay pocos .... asesinos, muchos.....A un lado, cubierta de flores. veo la dulce Esperanza, que sonríe, después de muerta, como si tuviera lástima de cuanto la rodea. En el calabozo, hecho un loco, veo al poeta, con la fiebre de la inspiración, escribiendo sus estrofas de dolor, a la luz tenue del farolillo vigilante que no le quita la vista de encima.....

El pueblo continúa pidiendo *la cabeza del poeta*.

(Agosto, 1899).

INSTANTANEAS DE LA CONVENCIÓN

MENDEZ CAPOTE

MENDEZ CAPOTE

La política es el drama trágico, sin fin, de los pueblos civilizados. Todos somos actores y espectadores suyos: pasamos por ley de prestidigitación involuntaria de la escena á la luneta y de la luneta á la escena. Pero hay quien toma por asalto un palco de piso principal, aplaude, ríe, y salta luego al proscenio y declama y triunfa. ¡Benditos sean los que representan

á conciencia su papel, y los que, llegado el caso, se escurren por el foro y dejan libre la atención pública á otros actores que tienen buena voz, inspiración y arte!

El secreto del drama está en no bajar nunca el telón y variar los cuadros; el secreto de la política está en que la tragedia tenga un solo acto, el acto eterno del desenvolvimiento de los pueblos. Y en nuestra política, se realiza el ideal de los autores. Los políticos cubanos no dejan que la cortina caiga, manteniendo así, en excitación perenne, á un público incansable.

Los partidos políticos se caracterizan en dos grandes figuras que no se mueven de la escena. Las

anima, eso sí, por turnos, la ventura ó la desdicha, el éxito ó el fracaso: dos figuras distintas, cada una en su poltrona de luces verdes ó rosadas, según los casos, algo así como el simbolismo de Strindberg en su *Coram Populo:* "Dieu et Lucifer chacun sur son trone." Y la inteligencia ó la suspicacia del público está en adivinar cuando es Dios republicano ó Lucifer nacionalista; cuando la política de un partido cae á las llamas del infierno ó sube á las regiones encantadas de la gloria, al imperio monótono del Todopoderoso.

En la tragedia de la política cubana el cuadro principal es la Convención Constituyente, porque en ella conságrase la victoria de la

obra. El público eligió los artistas: los artistas deben ser buenos. Precisa tan sólo que sepan arrancar un aplauso digno del drama!

Es Domingo Méndez Capote el director de escena.

***

Cuando el voto de los delegados decidió la elección del señor Méndez Capote para la Presidencia, yo me fijé en el agraciado. Sonreía. Y esta sonrisa fué para mí el mejor de sus discursos. Un discurso sin palabras. Un discurso original. Un discurso tierno, sin lágrimas.

Poco rato después ocupó la Presidencia. Habló y..... habló con dificultad. ¿La emoción? ¿El te-

rror?..... El hecho es que dijo esta frase:

—"Con la indepen lencia la tierra será fértil."

Y desapareció de sus labios la sonrisa.

Prefiero siempre una actitud suya á una frase. Dice más plegando los labios que abriéndolos.

No creo preciso ser orador para ser ilustre. Y por ser ilustre y no ser orador el señor Méndez Capote, la presidencia le salva y él salva la presidencia.

Un hombre recto—él lo es,—sereno, con todo el valor de sus convicciones, puede dirigir sábiamente los debates de una cámara. Sobre todo: el presidente es el Reglamento en carne y hueso. El

Sr. Méndez Capote conoce mejor que nadie la obra del Reglamento.

El presidente de una cámara no entra nunca en polémica. El señor Méndez Capote, en la polémica, es el aliado mejor de sus contrarios.

El presidente de una cámara necesita calma, energía, sobriedad. El Sr. Méndez Capote no se exaspera jamás, aunque las grandes tempestades de la Patria hallan en su corazón la firmeza del bronce. El Sr. Méndez Capote no sabe retórica, ni ha estudiado el *ocultismo* literario: su frase es clara. Así como el Sr. Sanguily necesita explicar en cada período el período anterior de su discurso, el Sr. Méndez Capote no necesita explicar

nunca sus palabras. Son las palabras del uso corriente. Brotan de un cerebro bien organizado y no sufren las transformaciones de la fantasía. ¡La fantasía no reina en el alma del Sr. Méndez Capotel

***

El mérito más grande que para mí tiene el Sr. Presidente de la Convención, es la sencillez. Pertenece á la clase de los que no se enorgullecen con el puesto, sino que el puesto se enorgullece con ellos. Es siempre el mismo para sus amigos. En política ha llegado á una altura: ni avanza ni retrocede.

Para la Revolución fué un hallazgo: un ciudadano inteligente,

disciplinado, sin fuegos fatuos en el cerebro, con aptitudes magníficas para dirigir las Asambleas.

Llega hoy, por eso, sano y salvo, discutido y valeroso, á la tercera Presidencia.

De haber vivido en la época del paganismo, hubiera sido un estoico. Su causa hubiera sido la causa de los libertos; pero nunca se hubiera hecho amar de ellos.

La causa de la Independencia de Cuba, le ha robado el sueño de muchas noches, la tranquilidad de muchos días;..... y sin embargo, no aparenta haber hecho cosa de valer.

Habla, algunas veces, de los hechos de los demás. De los propios no habla nunca. Predicó en los

campos, en el murmullo de los fusiles, en el traqueteo de los campamentos, el heroismo que es la verdad práctica de los libertadores. Pero la muerte no ha sido su argumento favorito. Su sermón no ha sido de Cuaresma, ni su tribuna la tumba de un redentor.

Alguna vez llama en su auxilio la Providencia. La Providencia no le oye. Tropieza, se detiene ¡y gana prosélitos! Pero no ha triunfado con la palabra; ha triunfado con la acción, con el gesto, con la mirada de sus ojos pequeños y claros.

Atiende siempre, con corrección y curiosidad, á lo que dicen sus compañeros. Cuando el que habla se empeña en demostrar algo que

desconoce, pestañea, se agita, y trata de justificarse con su propia conciencia. Tiene siempre una salida, una respuesta pálida que equivale al grito enérgico de ¡NO ME RINDO! Si se le agotan los argumentos—lo que raras veces sucede—*advierte* algo que deja al auditorio en suspenso. Salomón ha dicho, y él está con Salomón, "que toda cosa que se aprende es una cosa que se tenía olvidada."

¡El Sr. Méndez Capote tiene olvidadas muchas cosas!

***

La Historia recojerá el nombre del Presidente de la Convención. El piensa en este honor y se siente satisfecho. Su tarea es difícil

y seria, la más difícil y la más seria de toda su vida. Rodéanlo treinta hombres. Si fuera un genio, diríase propiamente que es un sol rodeado de treinta mundos. Ordenar un mundo es cosa imposible. Ordenar ¡treinta! no lo ha logrado el que tuvo el buen humor de hacerlos. De ellos sacará, sin embargo, el Sr. Méndez Capote, la ley y la igualdad de una República harmónica y levantará acta sagrada de lo que cada cual ama la patria y la justicia.

Desbordados correrán á sus pies los rios, encresparanse las olas á su vista, azotarán su cuerpo los vientos de un huracán de ideas y de aspiraciones..... El Sr. Méndez Capote sera inflexible. No le ha-

rán palidecer los ataques de los descontentos. No quebrarán sus nervios, los estremecimientos de la complicada batalla, la batalla de los credos políticos y de las desconfianzas tenaces..... ¡Pero ha de sonreir siempre! Y ya sabemos que la sonrisa es, en sus labios, el mejor de sus discursos!

Diciembre, 1900.

RIUS RIVERA

RIUS RIVERA

He ahí uno de los grandes servidores de la patria; una de las figuras más prominentes de la Revolución; un hombre firme, irreductible. Supo, en días de entusiasmo y gloria, ponerse al frente de un bravo ejército: y supo combatir. Marchó con la cabeza erguida y el corazón palpitante al campo del peligro. Cayó. Pero su alma poderosa rugía, aun, en la

batalla; su altivez, su conciencia, seguían, en la aureola del incendio revolucionario, inspirando á las huestes febriles como el signo imborrable, escrito allí, de su gran heroísmo.

Sí, su heroísmo; y su heroismo fué también su tabla de salvación, la que al fin de la contienda nos lo trajo inmaculado. Los cubanos tenían que cumplir un deber sagrado con aquel paladín de la República; tenían que colmar con el éxito aquella página de oro..... y abrieron, con sangre buena, al triste cautivo, las puertas de su calabozo, su calabozo negro, asilo de legendarias lealtades. ¡Y cuántas veces, sin que la desesperación, ni el cansancio, ni el remordimien-

to hicieran presa de él, cruzarían por su cerebro augurios dolorosos, teñidos de la sangre de sus venas, rápidos, con el rápido cruzar de un mundo loco que atraviesa el éter envuelto en tempestades!

Rius Rivera ocupa hoy su puesto en la Convención Constituyente con la seguridad de que termina así la obra á cuyo servicio pusiera su vida y sus más poderosos esfuerzos. El que se fije en su actitud, en la sobriedad de sus palabras, en la persistencia de sus ideas, en su modo exento de afectación, no puede menos que verle en su pasado, como si fuera el libro abierto de sus hazañas; y al mirarle, todos, nos sentimos atraídos por ese instante de que

habla Esquines en que se consagran el recuerdo y la alabanza.

No ha dejado en su fisonomía rasgos característicos la penuria del presidio político: pero tal vez en su alma democrática, afirmara para siempre las ambiciones de su credo. Y tal parece que él ha ido á la Convención á desarrollar, en el palenque de las leyes, los ensueños que animaran su espada de general, llevando convicciones y no discursos, programas sólidos y no actitudes de actor consumado.

Por eso, lo hemos oido siempre hablar poco y decir mucho; por eso, en sus faenas de diputado experto, le hemos visto rehuir el incidente vistoso en que hacen gala los más vivos de ingenio y

los perspicaces. Creo que la primera vez que pidió la palabra fué para una cuestión de orden. Y las cuestiones de orden han sido su mayor preocupación. Mide y mide, con perfecto estudio, los minutos que se pierden y los siglos que se ganan; adivina en el espíritu simplificador del reglamento, el camino trazado para avanzar, y pide, dentro de él, lo que corresponde pedir, lo que es el fin y el objeto único de la Asamblea.

Su voz es dura, seca, como la voz que hería, en los oídos de la tropa, la orden severa del entendido jefe. Es uno de los hombres más militares que se agitan en nuestra política; pero es al propio tiempo uno de los generales que

guardan y respetan más la paz, que es la conciencia de la guerra.

Su proyecto de Constitución fué el primero. Lo ha publicado la prensa y lo discuten los Delegados. Enseña en ese proyecto, el esbozo de República que prefiere, y lleva en su articulado breve y sencillo, la claridad que distingue siempre sus gestiones de hombre público.

Demuestra Rius Rivera que Cuba le debe los afanes de la guerra y las tareas del bufete; que dispuesto en toda hora á defender la soberanía del pueblo, pesaba las necesidades de un gobierno propio, menos fácil de crear que lo imaginado *á priori* por los impetuosos, entrando así á la lucha,

no sólo por el amor de Libertad, sino por el concepto de Libertad.

***

Rius Rivera no vino á la política cubana en busca de pingues empleos. No. Ha sido Gobernador de la Habana y Secretario de Agricultura, casi por creerlo una necesidad para el país y en ambos cargos ha sido el hombre de siempre, firme, de inquebrantables resoluciones que no se deslumbra al resplandor del poder y que renuncia cuando lo juzga oportuno, sin que tuerzan su paso por la vida pública el murmurar eterno de los que aspiran.

La actitud del general Rius Rivera ha sido siempre, para el pue-

blo de Cuba, un rayo de esperanza.

Su espíritu democrático no ha sido producto del análisis y de la práctica de los años. Nació con él.

De nuestros hombres, Rius Rivera es el que más se esfuerza en ver, dentro de la Independencia, la realidad de nuestro porvenir. No comulga, y hace bien, con los que trazan sus planos en tela de ilusiones.

Su proyecto de Constitución no es un rasgo de afán inmoderado de notoriedad, sino un rasgo de valor. Rius Rivera ha sido el primero que ha avanzado, exponiéndose á la metralla del fracaso. Sus enemigos—que son pocos—le censuran. Sus amigos le aplau-

den. Y él deja grabadas, en el inmenso cielo de la patria, cifras que son tal vez presagios: y si no ha salvado la República, ha salvado su conciencia. Con su conciencia está el pueblo.

Diciembre, 1900.

SANGUILY

SANGUILY

Según el testimonio de Taine, habiendo visto Diágoras coronar en un mismo día á sus dos hijos, fué llevado en los brazos de éstos ante la multitud. Encontrando tal honor demasiado grande para un mortal, el pueblo gritó:

—Muere, Diágoras, puesto que no puedes llegar á ser Dios.

Así, cuando en la Convención algún Delegado pronuncia con

énfasis un discurso ocasional, el señor Sanguily le mira y con la mirada le increpa:

—Muere, puesto que no puedes llegar á hablar como yo.

Y en efecto, hablar como habla el señor Sanguily no es cosa fácil. Por eso, en mi sentir, el señor Sanguily, siendo en Cuba uno de los hombres más eminentes, carece de imitadores. Su palabra no es espontánea, su dicción no es sencilla; pero es incomparable en la actitud, en la serenidad con que dice las palabras más punzantes, en el modo expresivo de mover el cuerpo y de levantar las manos.

Su oratoria es de las que entusiasman al público siempre que no trata de algo abstracto. Necesita

de la preparación y cuando prescinde de ella es confuso y rebuscado. Por eso brilla menos en el discurso de polémica que en el de propaganda.

Sus discursos revolucionarios en Nueva York—más literarios que políticos, más ricos de hojarasca que de ideas,—fueron la obra de largos días de trabajo. Al hablar sobre *Céspedes* y *Martí*, el 10 de octubre de 1895, usó botones de fuego, recorrió el horizonte de las metáforas luminosas, y se inspiró á la vista de una caída de sol.

Como orador, creo que ha hecho cuanto ha podido hacer y creo, por eso, que no hará más. Al perder España á Cuba, el señor Sanguily perdió uno de los resortes mágicos

de su palabra, la nota belicosa, valiente, de sus entregadas iras. Cuando los Estados Unidos dejen á Cuba entregada á sus propios destinos, de la tribuna cubana habrá desaparecido el señor Sanguily y sólo renacerá, como de sus cenizas, en los grandes días de remembranzas en que pueda desenvolverse la imaginación del extribuno, al recuerdo de fragorosas luchas en el pasado drama de nuestra esclavitud.

Son muchos los que tienen al señor Sanguily por más orador que escritor. Son muchos los que no leen sus artículos ni saborean sus libros, pero acuden presurosos á oír sus tempestades tribunicias. En este punto me hallo en pleno

desacuerdo con los que así piensan. El orador tiene defectos de que el escritor carece. Sus discursos, leídos, pierden la intención que él sabe imprimirles con el gesto y con la mirada,

He leído páginas bellísimas del señor Sanguily que revelan su buen gusto, aunque, por lo general, su estilo es ampuloso y suele ser confuso al leerle por vez primera. Aunque el estilo de sus trabajos no es el de la época, y las oraciones incidentales de sus interminables párrafos tienen algo del Castelar de *La Hermana de la Caridad*, yo gozo leyéndole. Se advierte en él una fantasía envidiable, un poder de nuestro idioma que es hoy cosa rara hasta en-

tre los literatos de buena cepa, y la madurez de sus principios y las buenas lecturas que ha sabido cultivar disciplinadamente.

Su discurso *El descubrimiento de América* resulta, por eso, una obra magnífica, porque el orador se sometió al escritor. Su estudio acerca de *José de la Luz Caballero* es, como obra crítica, un modelo de plan y desarrollo, aunque peca á trazos de indolente, indolencia rara en quien trabaja con extremada actividad y verdadero amor.

El señor Sanguily es un crítico, un crítico completo, en quien concurre la fortuna de una frase brillante y hermosa. No podría escribir una novela, ni describir un paisaje, ni expresar, con frase segura,

los desenvolvimientos de un alma creada por la suya. Pero juzga y juzga con derroche de talento, y adornado de colores vivos de imaginación excelsa, el estado de ánimo de un pensador en el momento de producir y el medio en que la obra de arte se ha producido. Es un apasionado de Taine: ha bebido en sus obras la filosofía del arte, los mejores principios para que el analista no caiga, rendido, en un infierno de conjeturas absurdas.

No tiene las delicadezas de los poetas zorrillistas, pero aventájales en el equilibrio de sus facultades, en el equilibrio de su imaginación. Lo vemos, admirable, haciendo la crítica de Enrique Pi-

Caballero que no tiene condiciones para la posteridad, en Francia y en la misma España no pasarían de ser, por su *formación*—digámoslo así—más que el aviso de una eminencia que aparece.

El señor Sangnily no cree contraído con sus admiradores de Cuba el compromiso de hacer obras fundamentales de más aliento que sus *Hojas literarias*, que, á pesar de su mérito, son poco para trascender á la época y para haber influido en ella. Nuestros descendientes, perdidas las obras del señor Sangüily en las librerías viejas, muerta su producción á garras de voraz polilla, sabrán que existió en estos tiempos un gran escritor, y lo creerán, porque de algo val-

países, alardean de sabios consumados.

Figurando entre nosotros como estrella de primera magnitud; siendo para las letras cubanas un prestigio, el señor Sanguily ha sido y es un escritor que llega á la cumbre del Sinaí de la gloria, sin aportar un caudal rico de producción. En otros países los genios llegan á la fama, esa coquetuela de las medianías, con obras que pueden cimentar la inmortalidad de un pensador. Entre nosotros no es así. El señor Sanguily, con facultades extraordinarias, con un cerebro admirablemente organizado, ha escrito muchos artículos, magníficos artículos, ha hecho libros que, salvo el de *José de la Luz*

Caballero que no tiene condiciones para la posteridad, en Francia y en la misma España no pasarían de ser, por su *formación*—digámoslo así—más que el aviso de una eminencia que aparece.

El señor Sangnily no cree contraído con sus admiradores de Cuba el compromiso de hacer obras fundamentales de más aliento que sus *Hojas literarias*, que, á pesar de su mérito, son poco para trascender á la época y para haber influido en ella. Nuestros descendientes, perdidas las obras del señor Sanguily en las librerías viejas, muerta su producción á garras de voraz polilla, sabrán que existió en estos tiempos un gran escritor, y lo creerán, porque de algo val-

drá—y no es esto broma—la palabra de honor de toda una generación.

***

La significación política del señor Sanguily es grande. Ha sido un sincero, un sincero en todos los momentos, y, acaso, más acentuado, en los instantes difíciles. Es este uno de los aspectos más interesantes del hombre público, y en el que su obra ha de perdurar.

Sanguily fué en Cuba, siempre, el estandarte del separatismo: la causa de tantos mártires fué en él una convicción. En la plenitud de la paz, no aceptó más política que la de Yara, ni más bandera que la de Céspedes.

Sanguily influenció, así, pode-

lla inextinguible de las grandes ideas.

***

Tal es para mí Manuel Sanguily, el hombre de la guerra de los diez años, el Mirabeau de la Asamblea de Santa Cruz, el delegado á la Convención Constituyente de la Isla de Cuba. Batallador, eternamente descontento, los cubanos oimos y respetamos su palabra, sus batallas, sus descontentos. Pero, á mí, cuando le veo entonar el clarín de guerra contra una frase mal dicha ó contra la opinión baladí de un inconsciente, se me ocurre y ardo en deseos de gritarle:

—Muere, Diágoras, puesto que no puedes llegar á ser Dios.....

DR. TAMAYO

DR. TAMAYO

Al subir, por su propio mérito, á puestos de gran importancia, desde los que influye en los destinos de este país, el Dr. Tamayo no encontró obstáculos: y esta facilidad que pudiéramos llamar *dichosa*, no es más que el resultado de su vida, el reflejo de su conducta en el orden político, la consecuencia de todos los actos de su historia de hombre público.

Si para llegar al gobierno el Dr. Tamayo hubiera tenido que sostener una ardua campaña; si para tomar un puesto preferente en la Convención, su palabra hubiera tenido que fortalecer la fe y la voluntad de sus electores, el Dr. Tamayo se habría rendido en los primeros instantes, porque sus aptitudes sobresalientes son más de hombre de mando que de lucha.

Una vez constituída en Cuba la República, si el Dr. Tamayo forma parte de un gobierno, se eterniza en la poltrona. ¿Por qué? Porque sus enemigos no tendrán argumentos contra él, porque sus amigos no podrán arrastrarle al fracaso con las necesidades de

ambición desmedida. Pero, el día en que el Dr. Tamayo se encuentre de frente á un gobierno enemigo de sus principios, violador de la Constitución y de las consagraciones revolucionarias, formado por hombres que llevan en el alma el veneno del retrogradismo impuesto por su historia, egoistas, débiles en medio de la más cómica soberbia, capaces de colocar la silla del ejecutivo bajo el púlpito de un jesuíta, el Dr. Tamayo no podrá combatirles, su palabra no tendrá los fuegos que precisen para reducirles á cenizas, aunque sabrá, eso sí, acusarles ante la razón y ante la conciencia pública. Si la desdicha nos llevara á caer bajo el brazo de gobiernos

que no tienen aun arraigado el sentimiento de libertad y de justicia que anima á todos los cubanos, en Cuba la batalla política será cruel y tenaz, pero el triunfo de los principios revolucionarios es evidente, como será evidente la soberanía absoluta del pueblo, y al Dr. Tamayo en todos los peligros hemos de verle al lado de éste, con su alma firme, con la honradez inmaculada de sus convicciones, rematando, en el sostenimiento de sus prestigios, una vida útil á la patria.

Esta es la más grande satisfacción del Dr. Tamayo. Como no es literato, no dejará obras que figuren, en un porvenir cierto, en los catálogos de las bibliotecas públi-

cas que han de levantarse. Como no es orador, no dejará discursos que envidien los que, inimitables en ese arte, sienten celos de cuantos, como ellos, tienen buenas condiciones de oradores. Pero, el Dr. Tamayo dejará un nombre como político sincero, como hijo predilecto del país que ha dispuesto siempre de su gran corazón y de su gran inteligencia.

Fué autonomista, cuando la autonomía era una solución que, como recurso, ó compás de espera, no cerraba el horizonte á las ideas separatistas. Cuando la Revolución fué un movimiento serio, importante, el Dr. Tamayo dejó de ser autonomista: formó fila con los cubanos más avanzados, que,

enemigos del sistema de gobierno que retenía á Cuba para la civilización y la libertad, querian romper todas sus relaciones con España. Y el Dr. Tamayo, con su nombre, con su talento, con su constancia, con su entusiasmo, estuvo allí en donde hiciera falta; aumentó el número de sus amigos, el número de sus admiradores, y no hallaron sus contrarios, en mucho tiempo, el medio de combatirle.

No es el Dr. Tamayo hombre de pasiones perturbado por el odio: yo creo que él no ha odiado jamás. Ha tenido la suerte de saber dominar sus sentimientos cuando ellos pudieran poner en peligro soluciones para la patria.

Su moderación, en todos los actos de su vida pública, es notable: dió ejemplo de ella en la Asamblea de Santa Cruz como lo da hoy en la Convención Constituyente. El señor Giberga le ataca un día luciendo sus habilidades de parlamentarista consumado, en un discurso elocuente en que define su situación de conservador neto rodeado de revolucionarios y radicales: el Dr. Tamayo contesta sin impaciencias, sin ataques crueles, sin palabras agudas que levantan la piel y estremecen. No. Habla poco y dice mucho: sintetiza. Y sin arrogancia, y sin periodos brillantes, y sin pedir ayuda al Dios del Sinaí, como lo han hecho Castelar y Méndez Capote, ha con-

cretado su defensa, se ha defendido bien, y su actitud ha sido un triunfo.

Sus energías nos eran ya conocidas; mil veces háse visto en la necesidad de usar de los rayos más luminosos de su cerebro y de su corazón, para discutir con la mayor cantidad de lógica, sin doblegarse al peso de ataques fuertes! Por eso, sin duda, para los que, no apreciándole políticamente, ignoraban los hondos secretos de su carácter, el Dr. Tamayo se ha revelado más de una vez como en la metamórfosis de una transformación que completa su personalidad.

El Dr. Tamayo es un carácter. Los más de los que le han seguido

paso á paso en su camino, admiran este aspecto suyo. Si la fuerza de su voluntad no nació con él, la fundió, en bronce, la hoguera revolucionaria desarrollándola con su enseñanza, como antes del cristianismo la enseñanza de Zenón produjo el milagro de la constancia infinita.

Equilibrado en todas las manifestaciones de su ser moral, no vive envanecido de sus éxitos, pero conságrase, por respeto á ellos tal vez, con más amor cada día, á los problemas escabrosos que su cargo de Secretario de Estado le impone. Milita en las filas del Partido Nacional, y procura enaltecer y solidificar su partido. Pero, no es de los que ana-

tematizan á aquellos que forman parte de otros partidos, ni escatima la calidad de cubanos á los que niegan el voto á sus candidatos. Fervoroso, en todo cuanto agita su actividad y reclama su dedicación, es uno de los jefes de más valer del Partido Nacional, y ha sabido con su gran honradez y la claridad que destaca todos sus actos, inspirar la fe de sus correligionarios.

Estos hombres son los que Cuba necesita ver en el desempeño de sus altos cargos. Su fama que va penetrando á lo más íntimo de la conciencia de nuestro pueblo, acaso no le haya preocupado nunca, sin desdeñar los laureles que coronan á los virtuosos

y á los patriotas de cuerpo entero.

¿Habrá pensado alguna vez el Dr. Tamayo en la celebridad, en lo que la celebridad significa, en lo que la celebridad proporciona? Modesto por naturaleza, no habráse detenido ante estas consideraciones, ni á solas, en los momentos en que discute consigo mismo sus actos, su pasado y su porvenir.

¡La gloria no es para todos una quimera! En política tal vez sea cierta!... Aunque en esto de la gloria, yo tengo el criterio de un héroe de Sienkiewicz á quien sólo servía de alfombra para extenderla bajo los piés de la mujer amada.....

GIBERGA

GIBERGA

La mayor de las torturas sería, para el insigne Eliseo Giberga, condenarle á prescindir de la política. Es político, como Benjamín Constant es pintor, como Jean Moreas es poeta, como Gabriel D'Annunzio es novelista. La política es su ciencia, es su arte y es su dandismo. Hace política por convicción, por entusiasmo, por costumbre. Sabe y conoce la política de los grandes países de América y de

Europa No cesa en su tarea magnánima de estudiar para concebir. Y en política resulta, casi, un maestro consumado.

Si por arte de encantamiento Giberga hiciera una excursión por los aires á horcajados sobre el palo de una escoba, como Torralbas fué de Madrid á Roma, caería como un aerolito en el parlamento francés y pediría la palabra para discutir un principio democrático con Waldeck-Rousseau, marcharía en el acto al parlamento inglés á sostener la soberanía boer en altercado tremendo con Chamberlain; y detendríase un instante en el Congreso español á poner de oro y grana los alcances de economista de Villaverde.....

En todas partes el señor Giberga cae bien, y sabe, desde el primer instante, entrar á escena. Tiene del águila la mirada, pero le falta del alcón la paciencia. Ha sufrido en su vida de hombre público grandes conmociones y grandes fracasos. No se rinde á ellos, sin embargo, porque lleva en el corazón vivos sus amores, y en el cerebro vivas las luces de su poderoso talento. Y avanza siempre que puede, y en todos sus actos y en la más sencilla de sus palabras, hay una táctica maravillosa, no perceptible á ojos profanos.

Jamás ha perdido sus derechos á la política cubana. Cuando él crée que le olvidan, que lentamente van descartándole de la campa-

parece que pronuncia el último de sus discursos y que asiste al último de sus actos públicos.

El señor Giberga comparte con Manuel Sanguily y con Juan Gualberto Gómez el prestigio de la elocuencia en la Convención Constituyente. Su palabra es abrumadora y fácil. Semeja una cascada de piedras finas sin colores. Posée un vocabulario enorme que no se agota nunca, y posée el don de, sin preparar sus discursos, decir lo que quiere con claridad, y aplicar la palabra justa al concepto que expresa. Como orador parlamentario es esta su primera cualidad. Jamás cansa al auditorio. Dice siempre algo nuevo, algo original. Su actitud es propia, no la toma

defendido la acción política de la Iglesia, en amores públicos con el Estado, y se ha visto en el caso de aspirar á ser, sin duda á su pesar, la muralla, endurecida por los años y por la tradición, en que estrellábanse, en el Congreso español, su liberalismo avanzado y su juventud fogosa.

Para Castelar, el Dios del general Prim era el acaso y su religión el fatalismo. En instantes difíciles el señor Giberga ha echado manos de ese Dios y de esa religión. Para Castelar el ideal del general Prim era lo presente. El señor Giberga sueña en lo porvenir. Cifra en él sus esperanzas, aunque en ocasiones, por mor de un discreteo no siempre hábil,

entre los amigos del bullicio, como si levantara la voz más poderosa entre los dioses altivos del mutismo, como si dijera la palabra sin respuesta, adoptando la forma única de expresar el único pensamiento. Y así, en medio de un público á quien por breves instantes sugestiona y domina, defiende los credos á que su pasado le obliga, afirma las creencias que, hace años, jamás hubieran pasado por su mente, haciéndolas brillar en la cámara, como el rayo de una luz nueva que irradia un sol distinto.

El señor Giberga conoce á fondo el alcance de su palabra. La lleva tranquilo, sereno, convencido, á los centros políticos. Huye y sabe huir de los centros litera-

de pinturas extrangeras y tiene, por eso, la personalidad que, por sus facultades, ha logrado conquistarse.

De mí, puedo asegurar, para ser sincero, que jamás me canso de oir al señor Giberga. Mantiene á sus oyentes en plena excitación, gusta de presentar los argumentos más felices sobre el fondo claro obscuro de su astucia y siempre se espera algo suyo que emocione hondamente y que repercuta en las galerías como un trueno lejano y prolongado.

A los apasionados que ven en él al autonomista, los hace pasar con frecuencia de la indignación á la admiración, y su palabra tiene la propiedad de inspirar el silencio

rentes, á no perder un solo detalle del encuentro. El señor Giberga hace uso de sus estrategias de diputado antiguo. Su figura se yergue serena y su voz es clara y robusta. El señor Sanguily forma parte del público mientras el señor Giberga habla, y con él admira y con él desaprueba, y opónele luego su frase de bronce, inquebrantable, que fija en la conciencia del señor Giberga como una columna indestructible. Giberga se complace en oir al literato, estudia, analiza cada concepto del orador revolucionario, y saca, como un prestidigitador del pensamiento, un caudal de argumentos ingeniosos que brotan en una fuente de palabras frescas.

rios. Un discurso de Giberga sobre asuntos de arte, es inconcebible: haría de Miguel Angel un senador romano, de Pompeyo un poeta de combates, y confundiría con Cánovas y con Rochefort á Núñez de Arce y á Verlaine. Tendrá, como yo creo que tiene, alma de artista, corazón sensible á las exquisiteces del verso, de la novela, de la pintura. Pero su arte es la polémica del derecho político, y en la oratoria de Gambetta y de Sagasta halla los ritmos de su poesía amada.

Al encontrarse el señor Giberga de frente al señor Sanguily, el público de las sesiones de la Convención siente cierto regocijo, y prepáranse hasta los más indife-

rentes, á no perder un solo detalle del encuentro. El señor Giberga hace uso de sus estrategias de diputado antiguo. Su figura se yergue serena y su voz es clara y robusta. El señor Sanguily forma parte del público mientras el señor Giberga habla, y con él admira y con él desaprueba, y opónele luego su frase de bronce, inquebrantable, que fija en la conciencia del señor Giberga como una columna indestructible. Giberga se complace en oir al literato, estudia, analiza cada concepto del orador revolucionario, y saca, como un prestidigitador del pensamiento, un caudal de argumentos ingeniosos que brotan en una fuente de palabras frescas.

Tal es Eliseo Giberga como orador. Ha tenido la suerte incomparable de no confundir la retórica con la política. Abandonando aquélla ha robustecido ésta en su cerebro. Cuando la necesidad le obliga a ser retórico, lo es por adivinación. Y adivina bien. Tiene, eso sí, para su exclusivo uso, varias formas de comenzar sus discursos;

"No pensaba, señores Delegados, tomar parte en el debate...."

"Señores Delegados; era mi intención permanecer en silencio esta tarde....."

Pero sus exordios son breves y concisos y casi siempre sinceros. Para no ser monótono—él nunca logra serlo—tiene formas, también

de uso particular, con las que emprende el desarrollo de sus batallas:

"Yo tengo, señores, que declarar que estoy asombrado de lo que acabo de oir....."

"Aquí, señores, no se ha sabido plantear el problema gravísimo que discutimos....."

Y si el discurso de un elegido fuera comparable, por via de imaginativa figura, á una diosa que se desliza entre la espuma de las olas al aparecer los resplandores matutinos, la diosa que modela y agita la elocuencia del señor Giberga es pálida y bella, corre á la luz de pleno día, sobre la arena de las playas, con la mirada fija y la cabellera loca.....

GONZALEZ LLORENTE

GONZALEZ LLORENTE

Unos opinan que, físicamente, se parece a Kruger, y otros que tiene algo de Moisés. Pero su personalidad intelectual, en mi opinión, no tiene reminiscencias de nadie, y acaso sea este su mayor elogio. Tener perfil propio, no tomadas sus líneas de otro alguno; contentarse con el valimiento de sus poderes cerebrales sin ambicionar algo ajeno, es, á no

dudarlo, seña valiosa de grandes facultades dignas de observación.

No sé si en su poltrona del Tribunal Supremo está mejor que en su pupitre de la Convención Constituyente: yo creo que él está bien en todas partes. Su figura es siempre respetable y su respetabilidad es una garantía. Delgado, y pequeño de estatura, es un hombre todo nervio, inquieto y enérgico: no consiente en nada que no comprenda bien. No tolera aquello que juzga contrario á sus creencias y al patriotismo. Debe ser buen juez como buen diputado.

Tiene una higiene espiritual especialísima. Da lecciones de ella á quien ose contrariarle, pero jamás dice de dónde la ha sacado.

Quien desée tal misterio, que atraviese la vida como la ha atravesado él; que, al llegar á la cumbre de la gran montaña de los años, no apague los fuegos de su cerebro la nieve que le cubre en perpetuo invierno. Ahí está el secreto.

González Llorente tiene afectos, entusiasmos, sentimientos juveniles. Anciano en él sólo es lo mortal. Pero, adviértese, al oirle en el menor incidente de la Convención, que padece excitaciones de que carecen muchos á quienes la vida sonríe en sus albores. Y ligeramente modificadas ó contenidas algunas de estas excitaciones suyas, por la experiencia que de las cosas y de la vida tiene, suele dar la nota inesperada, original.

Acaso su temperamento sea el culpado de algunos debates en que se empeña indebidamente. Su palabra se levanta vigorosa, y llega á los oídos, como rasgando al penetrar en ellos. No se contenta con haber dicho una sola vez las cosas, y las repite como para grabar, en la mente ajena, las ideas que él juzga, no siempre con razón, salvadoras, pero que, desde luego, envuelven un fondo de virtud que inspira respeto profundo.

Una vez creyó que iba á tener que discutir, analizar, leer cuidadosamente treinta proyectos de constitución para Cuba y puso el grito en el cielo: se ofuscó, ofuscado fué elocuente, y por un ins-

tante soñó hacer una gran revelación á sus compañeros.

Sus debates han sido siempre interesantes y vivos. Su amor á ellos le impedía presidir bien la Convención, y, para él, la Presidencia era una carga que le contrariaba hondamente. Olvidado de su puesto, discutía con calor y los Delegados tenían que llamarle la atención, volverle á la realidad, á la dolorosa realidad de su carga inmensa.

Lo dijo muchas veces en tono alto, con palabras claras, sin rodeos. Lo dijo muchas veces implorando la benevolencia del cielo y de la tierra:

"Señores Delegados: Quitadme este peso de encima!"

González Llorente se mete en el hábito de un franciscano y, escondido en las Catacumbas de París, administra los santos óleos á las víctimas del crimen de los ideales.

Su imaginación es brillante, capaz de abarcar el Universo entero. Y esa imaginación que es la gala poderosa de su gran cerebro, le impide preparar y estudiar sus discursos más difíciles. Y si lo hiciera, por cierta desconfianza de sus facultades propias, rasgo de modestia, olvidaría al rato lo que confiaba á la memoria, su elocuencia, desbordada, fogosa, rompería los moldes trazado, y concluiría por hacer un discurso nuevo, algo que no había previsto en la soledad y en el silencio del bufete.

agradable, importándole poco el juicio que merezca á los críticos de oficio—ó á los no de oficio que suelen ser los peores.

Por momentos, se siente erudito y ameniza sus discursos con citas históricas que alguna vez confunde. Ha hecho su profesión de fe, en política y en religión, con valor y con la firmeza de toda una vida de convicciones arraigadas. Ha invocado á Dios cuando se ha querido negar á Dios. Ha defendido al clero cuando al clero se ha atacado. Ha ido á Roma cuando de Roma se ha alejado la Convención. Se ha remontado á los tiempos de la Revolución Francesa, y mientras Giberga obliga á César á rendirse al cristianismo,

¡Ah! González Llorente es un hombre que tiene ideas propias, y sus ideas le dominan y él se deja dominar por ellas. Funda en esto un motivo de orgullo que le hace honor.

Su voto ha sido siempre el voto del corazón que lleva fundido en el cerebro, como si fuera posible mezclarlos para arrancar de ellos la palabra conjunta de pensamiento y de amor, de entusiasmo y fe.

Y él deja, á su paso, los rasgos de su carácter, las ambiciones de su espíritu, marcados en el fondo de cuanto ha hecho y ha logrado la Convención Constituyente.

No ha sido un Castelar en la elocuencia, un Bismarck en la

profundidad, un Gladstone en la sangre fría de sus actos políticos. Pero, en cambio, ha sido uno de los luchadores más apasionados, uno de los que han querido ver lo porvenir con más claridad, salvando escollos á las generaciones que vengan.

Por su gran corazón, por sus grandes sentimientos, hubiera traído á la Humanidad las tablas de la ley como Moisés y hubiera sabido sufrir las angustias, las inmensas decepciones de Kruger, en peregrinación por el mundo contemporáneo, negado por el siglo de la fuerza y la indiferencia.

profundidad, un Gladstone en la sangre fría de sus actos políticos. Pero, en cambio, ha sido uno de los luchadores más apasionados, uno de los que han querido ver lo porvenir con más claridad, salvando escollos á las generaciones que vengan.

Por su gran corazón, por sus grandes sentimientos, hubiera traído á la Humanidad las tablas de la ley como Moisés y hubiera sabido sufrir las angustias, las inmensas decepciones de Kruger, en peregrinación por el mundo contemporáneo, negado por el siglo de la fuerza y la indiferencia.

BRAVO CORREOSO

Holanda Artística al Madrid de las Ilusiones.

Denner hubiera hecho una figura semejante á aquel deportado político en quien no se advertía flaqueza ni arrepentimiento. De haber sido español el artista de los primorosos engaños, su tipo encontraríase en las colonias, en otros mares y en otros climas, con las huellas de un sol ardiente, así como Van Dyck, nacido en Sevilla, apegado á la idealidad de tesoros remotos, más artista, hubiera acentuado su perfil caribe para la inmortalidad de una raza.....

Y á través de los años, vencido allá y vencedor aquí, animoso en todo tiempo, discreto, serio, aplicado en todas partes, Bravo Co-

BRAVO CORREOSO

Lo conocí una noche en el Ateneo de Madrid con su compañero de infortunio Eudaldo Tamayo. Pasábase las noches leyendo un libro enorme de filos de oro que, según malas lenguas, era la Biblia. Su tez morena, su cuerpo delgado y nervioso, sus ojos brillantes, expresivos, febriles á veces, lo convertían en un personaje de Denner escapado del Louvre ó en un ensayo de Van Dyck, obsequio de

levantando el altar ó consumando el sacrificio.

Bravo Correoso es hombre práctico y de larga vista: busca entre ambos pareceres un término medio que es siempre el lugar en que se colocan los sabios. Su tribuna tiene vistas á todas partes y su corazón siente y sufre con el sentir y sufrir cubanos. Vive más en la realidad que sus compañeros de Oriente; no se deja seducir de los sueños que en noches de agitación del espíritu exaltan su alma; gusta ser, y en ello tiene buen juicio, el *vir bonus* de los sensatos aunque decline su fama de radical de cantón.

Bravo Correoso ha demostrado á los ojos del pueblo que no se

debe en la Cámara Constituyente representar la provincia, sino representar el país; que no se debe representar la familia y la hacienda propia, sino todas las familias y todas las haciendas. Su personalidad ha sido, pues, interesante en la fragorosa lucha por la República futura, y destácase por sus individuales relieves.

Desde que Cuba se perdió para la corona borbónica, Bravo Correoso pensó en la Constitución de la República. Dedicado desde entonces al estudio del derecho constitucional, enriquecida su biblioteca con los mejores libros de las primeras autoridades, su vida fué consagrada á un ideal que habría de realizarse, no asalta-

la más útil. Y por eso, por la entereza de sus ideas, por la constancia con que dedica sus facultades y sus entusiasmos á todo aquello que se le encarga, llevó siempre la voz de la Comisión redactora del Proyecto de Constitución y sostuvo el criterio de sus compañeros asentando los principios en que descansaban sus bases.

Lo he visto muchas tardes casi rendido de fatiga, pero recobrando **fuerzas para continuar la jornada, dichoso de no haber sido jamás causa de demora en los trabajos de la Convención.**

No soporta, no puede soportar que le detengan en sus propósitos. Alza la voz con todas las fuerzas

cuentísimos. Ayuda á los que van por buen camino, saca un argumento de ciencia ó de práctica agena, para decidir algo que se presenta difícil, y suele, por último, vencer en donde tal podría imaginarse que ha sido su intervención secundaria.

Sus discursos no son los más atractivos. No le falta nunca la palabra, pero le falta siempre el color. Es para mí, un diputado imprescindible por sus convicciones, por su valor, por su integridad. Si sus discursos son escuetos, si sus imágenes son frías, si sus ataques rasguñan, nosotros, para las cámaras cubanas, necesitamos hombres así. Su labor será siempre la más segura, la más fiel,

cusión de un asunto grave, lo hace, desde luego, sometiendo su criterio al juicio de cuantos le atienden. Su *cliché* es conocido:

"Yo entiendo, señores....."

Bravo Correoso tiene otro sistema que á veces le dá mejor resultado. Busca en donde está el error de sus adversarios y les llama al buen sentido He aquí su *cliché* de costumbre: "No temáis, señores Delegados, que intente plantear un debate ...." porque él sabe por experiencia que es mejor tranquilizar á los Diputados que amenazarles con una polémica biliosa.

***

No he leído nunca artículos del señor Bravo Correoso. Es más, ignoro si los ha escrito alguna vez.

Pero, creo, por lo que en él he observado, que sería un polemista distinguido en la prensa, que su imaginación daría hermosos productos, llevándole su buen juicio por sanos derroteros. Su talento sabe descargarlo como corrientes eléctricas de pilas voltáicas, y á su escrito debe comunicar esas conmociones de tan buen efecto que sabe producir en los debates de la Cámara Constituyente. Y él pensará, cuando recuerde su propia labor, y pensará en ello satisfecho, que no hacen falta á los que dan vida á la patria, flores y pinceles, que flores y pinceles hacen falta sólo á los que consagran, en obra de arte, con la estética inmortal, la grandeza de los profetas.

ERRATA IMPORTANTE

En la página 64, linea 2 dice *otro un poco soñoliento*, y debe decir *otro poco soñoliento*.

3 2044 048 083 745

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.